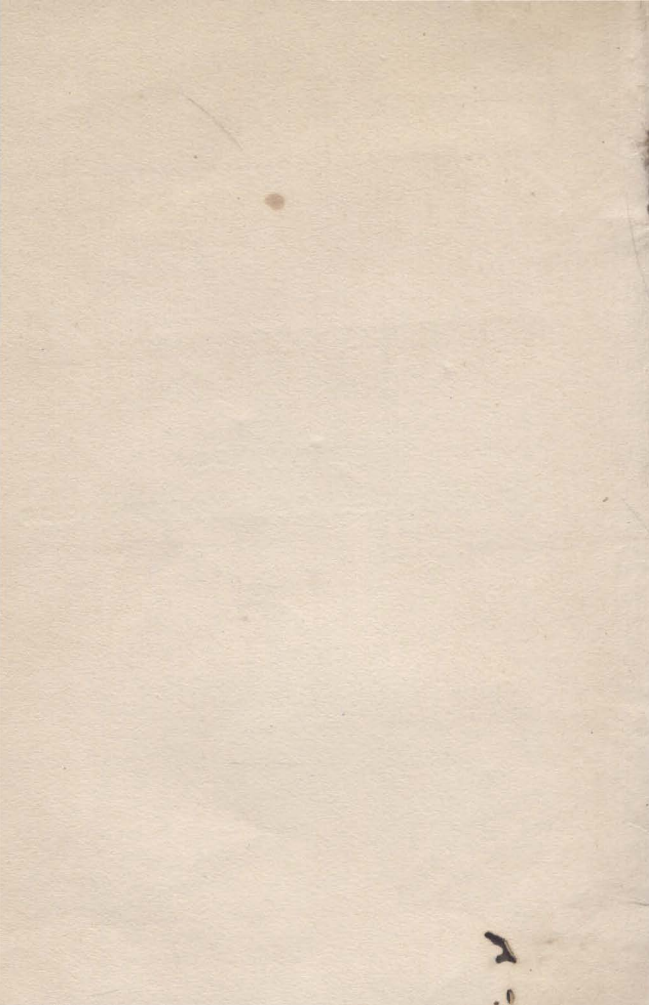


LIJ
1920
LIR

EDICIONES
DE AUTORES COSTARRICENSES





21583

DONACIÓ

CARMEN LIRA

LOS CUENTOS DE MI TIA PANCHITA

(Cuentos populares recogidos en Costa Rica)



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

GARCIA MONGE y Cía., EDITORES
SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

1920

105 x 142

Los cuentos de mi tía Panchita

MI tía Panchita era una mujer bajita, menuda, que peinaba sus cabellos canosos en dos trenzas, con una frente grande y unos ojos pequeñines y risueños. Iba siempre de luto, y entre la casa protegía su falda negra con delantales muy blancos. En sus orejas, engarzados en unos pendientes de oro, se agitaban dos de mis dentezuelos de leche. Quizá por esto soñé una vez que yo era chirrisca, chirrisca como un frijol y que estaba suspendida de un columpio de oro asegurado en una de las orejas de la tía Panchita. Yo me columpiaba y hacía cosquillas con los pies

en su marchita cara, lo cual la ponía a reír a carcajadas. Ella solía decir que los tenía allí prisioneros, en castigo de los mordiscos que hincaron en su carne cuando estaban firmes en las encías de su dueña, quien solía tener tremendas indiadas.

Diligente y afanosa como una hormiga, era la anciana, y amiga de hacer el real con cuanto negocio honrado se le ponía al frente. Eso sí, no era egoísta como la antipática hormiga de la fábula, que en más de una ocasión la sorprendí compartiendo sus provisiones con alguna calavera cigarra.

Habitaba con mi tía Jesús, impedida de las manos por un reuma, en una casita muy limpia en las inmediaciones de El Morazán. La gente las llamaba «Las Niñas» y hasta sus hermanos Pablo y Joaquín, cuando me enviaban donde ellas me decían: —Vaya donde «las Niñas».

Hacía mil golosinas para vender, que se le iban como agua y que tenían fama

en toda la ciudad. En el gran armario con puertas de vidrio que había en el pequeño corredor de la entrada, estaban los regalos que sus manos creaban para el paladar de los josefinos: las cajetas de coco y de naranja agria más ricas que he comido en mi vida; quesadillas de chiverre que muchas veces hicieron fláquear mi honradez; muñequillos y animales fantásticos de una pasta de azúcar muy blanca que jamás he vuelto a encontrar; bizcocho y tamal asado que atraían compradores de barrios lejanos: de El Paso de la Vaca y de la Soledad; en frascos de cristal estaban sus perfumados panecillos de cacao Matina con los que se hacía un chocolate cuyo sabor era una delicia, y que coronaba las tazas con un dedo de rubia espuma.

Ella fué quien me narró casi todos los cuentos que poblaron de maravillas mi cabeza.

Las otras personas de mi familia, gentes

muy prudentes y de buen sentido, reprochaban a la vieja señora su manía de contar a sus sobrinos aquellos cuentos de hadas, brujas, espantos, etc., lo cual, según ellas, echaba a perder su pensamiento. Yo no comprendía estas sensatas reflexiones. Lo que sé, es que ninguno de los que así hablaba, logró mi confianza y que jamás sus conversaciones sesudas y sus cuentecitos científicos que casi siempre arrastraban torpemente una moraleja, despertaron mi interés. Mi tío Pablo, profesor de Lógica y de Ética en uno de los Colegios de la ciudad, llamaba despectivamente cuenteretes y bosorola a los relatos de la vieja tía. Quizá las personas que piensan como el tío Pablo, les den los mismos calificativos y tendrán razón, porque ello es el resultado de sus ordenadas ideas. En cuanto a mí, que jamás he logrado explicarme ninguno de los fenómenos que a cada instante ocurren en torno mío, que

me quedo con la boca abierta siempre que miro abrirse una flor, guardo las mentiras de la tía Panchita al lado de las explicaciones que sobre la formación de animales, vegetales y minerales, me han dado profesores muy graves y sabios.

¡Qué sugerencias tan intensas e inefables despertaban en nuestras imaginaciones infantiles, las palabras de sus cuentos, muchas de las cuales fueron fabricadas de un modo incomprensible para la Gramática, y que nada decían a las mentes de personas entradas en años y en estudios!

Recuerdo el cuento de «La Cucarachita Mandinga» («La Hormiguita» de Fernán Caballero vaciado en molde quizá americano, quizá tico solamente) que no nos cansábamos de escuchar.

¡La Cucarachita Mandinga!

Jamás podré expresar el picaresco encanto que este adjetivo de «Mandinga», puesto con tanta gracia a la par del nom-

bre; «la Cucarachita», por los labios de quién sabe que abuela o vieja *china*, vaciaba en nuestro interior.

¿Mandinga? Ninguna de las definiciones que sobre esta palabra da el diccionario, responde a la que los niños nos dábamos, sin emplear palabras, de aquel calificativo que se agitaba como una traviesa llamita nacarada sobre la cabeza de la coqueta criaturilla.

Los cuentos de la tía Panchita eran humildes llaves de hierro que abrían arcas cuyo contenido era un tesoro de sueños.

En el patio de su casa había un pozo, bajo una chayotera que formaba sobre el brocal un dosel de frescura.

A menudo, sobre todo en los calores de marzo, mi boca recuerda el agua de aquel pozo, la más fría y limpia que hasta hoy probara, que ya no existe, que agotó el calor, y sin quererlo mi voluntad, mi corazón evoca al mismo tiempo la memoria

de mi alegría de entonces, cristalina y fresca, que ya no existe, que agotó el dolor.

La viejecilla me contaba sobre este pozo, mentiras que hacían mis delicias: En el fondo había un palacio de cristal, en el que las lámparas eran estrellas. Allí vivían un rey y una reina que tenían dos hijas muy lindas: una morena de cabellera negra que le llegaba a la rodilla, con un lunar en forma de flor en una mejilla, la otra blanca, con el cabello de oro que le arrastraba y con un lunar azul en forma de estrella. La rubia era mi predilecta, y el lunar azul de su mejilla, en forma de estrella, era una fuente de ensueños para mí.

Yo gozaba cuando la tía Panchita cogía su tinaja y se encaminaba al pozo. La precedía brincando cual si fuese a una fiesta.

¡Qué sonidos más extraños y atrayentes subían de aquel profundo agujero umbrío, en cuyo fondo dijérase que se encendían y apagaban luces. (Hoy sé que

eran los temblorosos girones de claridad que había entre el follaje que lo cubría, pero entonces creía que eran las lámparas de que me hablara la anciana). El brocal y las paredes estaban tapizadas por un musgo verde y dorado. Las gotas que rezumaban caían y producían una música tan delicada!... Tin... tan... La anciana decía que eran los cascabeles de plata que llevaban al cuello los perritos de las princesas, suspendidos en una cinta de oro.

Si la tía Panchita, en ciertas ocasiones, hubiese logrado fisgonear dentro de mi pensamiento, se habría horrorizado de sus encantadores embustes, y habría temblado por mi vida que deseaba ardientemente ir a jugar con princesas y perrillos en el palacio de cristal. Y la sonrisa de compasivo triunfo que habría plegado los labios del tío Pablo, el profesor de Lógica y Ética, si hubiese asomado sus anteojos por los campos de mi fantasía cultivada por su

hermana, a quien, según él, le faltaban dos tornillos! ¿Serían el del buen sentido y el de la lógica? Ahora cierro los ojos y el recuerdo de la querida viejecilla, que fué mil veces más amada para mí que el tío Pablo, a pesar de que ignoraba que existen Lógica y Ética en este mundo, se sienta en su silla baja y me narra sus cuentos, mientras su dedos diligentes arro-llan cigarrillos. Yo estoy a sus pies en el taburetito de cuero que me hizo el tío Joaquín. Siento el olor del tabaco curado con hojas de higo, aguardiente y miel. Es en una gran sala de paredes enjalbegadas y de pavimento enladrillado. En alguna parte hay un cuadro de una pastora que pone un collar de flores a su cordero. Sobre la cómoda, el fanal que protege *El Paso* de las inclemencias del tiempo y a los lados, unas gallinas de porcelana echadas en sendos nidos.

Son los cuentos siempre queridos de

«La Cenicienta», de «El Pulgarcito», de «Blanca Nieve», de «La Caperucita», de «El Pájaro Azul», que más tarde encontré en otros libros. Son otros cuentos que quizá no estén en libros. De éstos, algunos me han vuelto a salir al paso, no en libros sino en labios.

¿De dónde los cogió la tía Panchita?

¿Qué muerta imaginación nacida en América los entretejió, cogiendo briznas de aquí y de allá, robando pajillas de añejos cuentos creados en el Viejo Mundo? Ella les ponía la gracia de su palabra y de su gesto que se perdió con su vida.

¡La querida viejita que no sabía de Lógicas y Éticas, pero que tenía el don de hacer reír y soñar a los niños!

Tío Conejo comerciante

UNA vez tío Conejo cogió una cosecha que consistía en una fanega de maíz y otra de frijoles y como era tan maldito, se propuso sacar todo lo que pudiera.

Pues bueno, un miércoles muy de mañana se puso su gran sombrero de pita, se echó el chaquetón al hombro y cogió el camino. Llegó donde tía Cucaracha y tun, tun. Tía Cucaracha que estaba tostando café, salió cobijándose con su pañuelo para no pasmarse.

—¿Quién es? Ah! tío Conejo! ¿Qué se le ofrece? Pase pa dentro y se sienta—y tía Cucaracha limpió la punta de la banca con su delantal.

—Aquí no más—contestó tío Conejo—si vengo de pasadita a ver si quiere que tratemos. ¿Qué le parece que vendo una fanega de maíz y otra de

frijoles en una onza y media? ¿Báileme ese trompo en la uña? Regaladas, tía Cucaracha, pero la necesidá tiene cara de caballo.

—Pues ai vamos a ver, tío Conejo. Si me decido, allá llego.

—No, no, tía Cucaracha. Si se decide es ya, porque si no voy a buscar otro. Vine aquí de primero por ser usted. Y si se decide, llegue a casa el sábado como a las siete de la mañana, porque yo tengo que bajar a la ciudad.

—¡Qué carai! Hago el trato y allá llego el sábado con mi carreta. Pero no se vaya. Ahorita está el café y tengo un tamal asado que acabo de sacar.

Tío Conejo se sentó y al poco rato estaba allí tía Cucaracha con un buen jarro de café acabado de chorrear y una buena ración de tamal asado.

Con ese puntalito entre el estómago, siguió tío Conejo su camino. Llegó donde tía Gallina y tun, tun.

—¿Quién es?—gritó desde adentro tía Gallina, que estaba enredada con el almuerzo.

—Yo, tío Conejo, que vengo a ver si hacemos un trato.

—Pase pa dentro y se sienta. A ver, ¿qué es el trato?

—Es que vendo una fanega de maíz y otra de frijoles en onza y media. ¿Qué le parece? Como quien dice, echar el maicillo y los frijolillos a la calle... Pero estoy en un gran aprieto y tengo que venderlos por esa miseria. Me vine derecho a buscarla, tía Gallina, porque al fin y al cabo somos buenos amigos y uno debe preferir a los amigos.

Tía Gallina fué a volver la tortilla al comal, y mientras fué y vino, pensó que era un buen negocio y prometió a tío Conejo ir el sábado como a las ocho con su carreta, por el maíz y los frijoles. También le dió un queso hecho en la casa para que probara.

Tío Conejo siguió su camino y llegó donde tía Zorra que estaba pelando unos pollos.

—¡Hola! Tía Zorra! ¿Qué hace Dios de esa vida?

—¡Pero hombre! ¡Tío Conejo! ¡Buenas patas tiene su caballo! Pase adelante, pase adelante y ahorita almorzamos.

Tío Conejo entró y propuso el negocio del maíz y de los frijoles a tía Zorra, diciéndole que la había preferido a todos y que por aquí y por allá, y que si se decidía, llegara como a las nueve el sábado, porque él tenía que bajar a la ciudad. Tía Zorra dijo que bueno, y prometió llegar el

sábado con su onza y media donde tío Conejo.

Después que dió una gran almorzada, tío Conejo se despidió y siguió su camino. Llegó donde tío Coyote, que estaba quitando del fuego una gran olla de conserva de chiverre.

— ¡Upe! Tío Coyote. ¿Cómo le va yendo?

— ¡Dichosos ojos, tío Conejo! Vale más llegar a tiempo que ser convidado. Entre pa dentro y prueba esta conservita que está muy rica.

Mientras se comía su plato de conserva, tío Conejo ofreció su fanega de maíz y de frijoles a tío Coyote por onza y media. En seguida aceptó el trato y quedó en llegar por ellas el sábado como a las diez de la mañana, con su carreta.

Tío Conejo se despidió y siguió adelante. Llegó a casa de tío Tirador, quien estaba en el corredor aceitando su escopeta.

— Tío Tirador, aquí vengo a que crea que he perdido los bartolos, a ofrecerle una fanega de maíz y otra de frijoles en onza y media. ¡Un disparate! Pero es que ando cogiéndolas del rabo con una jaranilla que me ha caído encima.

Tío Tirador trató, y quedó de llegar el sábado con sus dos mulas, por el maíz y los frijoles. Tío Conejo le propuso que llegara como a medio día, porque en la mañana tenía que estar en la

ciudad, de precisa, y no volvería a casa sino hasta por ahí de la una.

Luego tío Conejo regresó a su casa. El sábado se levantó de mañanita y se sentó en la tranquera. Apenas había salido el sol, cuando vió venir a tía Cucaracha con su carreta.

Tío Conejo la hizo llevar la carreta detrás de la casa. Le enseñó el maíz y los frijoles; tía Cucaracha sacó del seno el pañuelo en que traía anudado el dinero, lo desanudó y puso en manos del vendedor la onza y media.

Tío Conejo invitó a entrar a tía Cucaracha, descolgó la hamaca que estaba prendida de la solera de la sala y le dijo:—Venga, tía Cucaracha, y se da una mecedita mientras se fuma este puro habano. Y tía Cucaracha se tiró en la hamaca y se puso a fumar.

Tío Conejo estaba para dentro y para fuera. De pronto apareció con las manos en la cabeza.

—¡Tía Cucaracha de Dios! Allá viene tía Gallina y es para acá.

—¡No diga eso, tío Conejo!—dijo tía Cucaracha tirándose de la hamaca.—¡Dios libre sepa que estoy aquí! ¡Escóndame por vida suyita, tío Conejo! Ya me parece que estoy entre el buche de tía Gallina.

Tío Conejo la escondió entre el horno y salió a recibir a tía Gallina, a la que hizo llevar la carreta al galerón, le enseñó la fanega de maíz y de frijoles y recibió la onza y media. Después por señas la hizo asomarse al horno y se va encontrando con mi señora tía Cucaracha, que pasó a su buche en un decir amén. En seguida la llevó a la sala, la hizo subir a la hamaca y aceptar un puro habano.

Cuando tía Gallina estaba en lo mejor, entró tío Conejo con las manos en la cabeza:—¡Tía Gallina de Dios! ¿Adivíneme quién viene allí no más?

—¿Quién, tío Conejo?

—Pues tía Zorra, y no sé si es por usted o por mí.

—Por mí, tío Conejo. ¿Por quién había de ser? Escóndame, por vida suya. Y la pobre tía Gallina, más muerta que viva, corría de aquí y de allá sin saber qué camino tomar.

Tío Conejo la escondió en el horno y salió a recibir a tía Zorra. La llevó a dejar la carreta en el potrero, para que no viera las otras, recibió su onza y media y en lo demás hizo como antes. Le señaló el horno con mil malicias y tía Zorra se zampó a tía Gallina. Mientras se estaba meciendo en la hamaca y fumándose su puro habano, tío Conejo estaba como una lanzadera, para dentro y

para fuera. En una de tantas, entró haciéndose el asustado:—¡Tía Zorra de Dios! ¿Adivine quién viene para acá?

Tía Zorra pegó un brinco.—¿Quién, tío Conejo?

—Pues tío Coyote... Y no se sabe si es por usted o por mí.

¡Ah! tío Conejo más sencillo! ¿Por quién había de ser sino por mí? Escóndame y Dios quiera que no me huela.

Tío Conejo la escondió entre el horno y salió a recibir a tío Coyote. Después que éste le entregó la onza y media, lo llevó a la sala.

—Échese en la hamaca, tío Coyote, y descansa. Mientras tanto fúmesese este purito habano. No hay que apurarse por nada. ¡Adiós! De repente, cuando uno menos lo piensa llega la Pelona y adiós mis flores, se acabó quien te quería. Yo por eso nunca me apturo por nada.

Así que se fumó el puro, tío Conejo le dijo al oído:—Vaya y dése una asomadita al horno y verá lo que le tengo allí. Fué tío Coyote y halló a tía Zorra haciendo zorro. En un momento la dejó difunta y se la comió. Estaba todavía relamiéndose, cuando entró tío Conejo:

—¡Tío Coyote de Dios! ¿Adivíneme quién viene allí no más?

—Diga, tío Conejo—contestó tío Coyote asustado al ver la cara que hacía tío Conejo.

—¡Pues tío Tirador, con así fusil! Y no se sabe si es por usted o por mí.

—¡Ay, tío Conejo! ¡Ese viene por mí, porque me lleva una gana! Escóndame, por lo que más quiera.

—Pues métase entre ese horno y yo cierro la puerta.

Tío Coyote se metió, con el corazón que se le salía y tío Conejo se fué a la tranquera a recibir a tío Tirador.

—Ya creí que no venía, tío Tirador—dijo el muy sepulcro blanqueado. Pase, pase y descansa en esa hamaca, que debe venir muy rendido. Fúmesese este purito habano y luego viene a ver su maíz y sus frijoles.

Cuando tío Tirador hubo descansado, tío Conejo le dijo al oído:

—Prepare la guapil, tío Tirador, y vaya a darse una asomadita por el horno.

Así lo hizo tío Tirador, quien se va hallando con tío Coyote que estaba con las canillas en un temblor. Tío Tirador apuntó y pun!... adiós tío Coyote!...

Después fueron a cargar en las mulas el maíz

y los frijoles y así fué como éste fué el único comprador que recibió la cosecha de tío Conejo, quien cobró siete onzas y media por una fanega de maíz y otra de frijoles, y se quedó con cuatro carretas y cuatro yuntas de bueyes y muy satisfecho de su mala fe.

.....

CUANDO terminaba este cuento la tia Panchita siempre añadía con tristeza:—Achará que tío Conejo fuera a salir con acción tan fea. Yo más bien creo que fué tía Zorra y que quien me lo contó se equivocara... porque tío Conejo era amigo de dar que hacer, pero amigo de la plata y sin temor de Dios, eso sí que no.

La Cucarachita Mandinga

HABÍA una vez una Cucarachita Mandinga que estaba barriendo las gradas de la puerta de su casita, y se encontró un cinco.

Se puso a pensar en qué emplearía el cinco.

—¿Si compro un cinco de colorete? No, porque no me luce ⁽¹⁾. ¿Si compro un sombrero? No, porque no me luce. ¿Si compro unos aretes? No, porque no me luchen. ¿Si compro un cinco de cintas? Sí, porque sí me luchen.

Y se fué para las tiendas y compró un cinco de cintas; vino y se bañó, se empolvó, se peinó de pelo suelto, se puso un lazo en la cabeza y se fué a pasear a la Calle de la Estación. Allí buscó asiento.

(1) No me luce.

Pasó un toro y viéndola tan compuesta, le dijo: «Cucarachita Mandinga, ¿te querés casar conmigo?»

La Cucarachita le contestó:—«¿Y cómo hacés de noche?»

—Mu... mu...

La Cucarachita se tapó los oídos:

—No, porque me chutás ⁽¹⁾.

Pasó un perro e hizo la misma proposición.

—¿Y cómo hacés de noche?—le preguntó la Cucarachita.

—Guau... guau...

—No, porque me chutás.

Pasó un gallo: —«Cucarachita Mandinga, ¿te querés casar conmigo?»

—¿Y cómo hacés de noche?»

—¡Qui qui ri qui!...

—No, porque me chutás.

Por fin pasó el Ratón Pérez.

A la Cucarachita se le fueron los ojos al verlo, parecía un figurín, porque andaba de leva, tirolé y bastón.

Se acercó a la Cucarachita y le dijo:—«Cucarachita Mandinga, ¿te querés casar conmigo?»

(1) No, porque me asustás.

¿Y cómo hacés de noche?

—I, i, iii...

A la Cucarachita le agradó aquel ruidito, se levantó de su asiento y se fueron de bracete.

Se casaron y hubo una gran parranda.

Al día siguiente la Cucarachita, que era una mujer de su casa, estaba arriba desde que comenzaron las claras del día, poniéndolo todo en su lugar.

Después de almuerzo puso al fuego una gran olla de arroz con leche, cogió dos tinajas que colocó una sobre la cabeza y otra en el cuadril y se fué por agua.

Antes de salir dijo a su marido:—Véame el fuego y cuidadito con golosear en esa olla de arroz con leche.

Pero apenas hubo salido su esposa, el Ratón Pérez le pasó el picaporte a la puerta y se fué a curiosear en la olla. Metió una manilla y la sacó al punto:—¡Carachas! ¡Que me quemó! Metió la otra:—¡Carachas! ¡Que me quemó! Metió una pata:—¡Carachas! ¡Que me quemó! Metió la otra pata y salió bailando del dolor:—¡Demontres de arroz con leche, para estar pelando! Pero como eran muchas las ganas de golosear, acercó un banco al fuego y se subió a él, para mirar dentro de la olla.

El arroz estaba hierva que hierva, y como la Cucarachita le había puesto queso en polvo y unas astillitas de canela, salía un olor que convidaba.

Ratón Pérez no pudo resistir y se inclinó para meter las narices entre aquel vaho que olía a gloria. Pero el pobre se resbaló... y cayó entre la olla.

Volvió la Cucarachita y se encontró con la puerta atrancada. Tuvo que irle a hablar a un carpintero para que viniera a abrirla. Cuando entró, el corazón le avisaba que había pasado una desgracia. Se puso a buscar a su marido por todos los rincones. Le dieron ganas de asomarse a la olla de arroz con leche... y iba viendo!... a su esposo bailando en aquel caldo!

La pobre se puso como loca y daba unos gritos que se oían en todo una cuadra. Los vecinos la consideraban, sobre todo al pensar que estaba tan recién casada. Mandó a traer un buen ataúd, metió dentro de él al difunto y lo colocó en media sala. Ella se sentó a llorar en el quicio de la puerta.

Pasó una palomita que le preguntó:

—Cucarachita Mandinga,
¿por qué estás tan triste?

La Cucarachita le respondió:

Porque Ratón Pérez
se cayó entre la olla,
y la Cucarachita Mandinga
lo gime y lo llora.

La palomita le dijo:

—Pues yo por ser palomita
me cortaré una alita.

Llegó la palomita al palomar, que al verla sin una alita, le preguntó: —Palomita, ¿por qué te cortaste una alita?

—Porque Ratón Pérez
se cayó entre la olla,
y la Cucarachita Mandinga
lo gime y lo llora...
Y yo por ser palomita
me corté una alita.

Entonces el palomar dijo:

—Pues yo por ser palomar
me quitaré el alar.

Pasó la reina y le preguntó:

—Palomar, ¿por qué te quitaste el alar?

—Porque Ratón Pérez
se cayó entre la olla

y la Cucarachita Mandinga
lo gime y lo llora...
Y la palomita se cortó una alita...
Y yo por ser palomar
me quité mi alar.

La reina dijo:

—Pues yo por ser reina,
me cortaré una pierna.

Llegó la reina renqueando donde el rey que le preguntó:

—Reina, ¿por qué te cortaste una pierna?

—Porque Ratón Pérez
se cayó entre la olla
y la Cucarachita Mandinga
lo gime y lo llora...
Y la palomita
se cortó una alita,
el palomar
se quitó su alar,
y yo por ser reina,
me corté una pierna.

El rey dijo:

—Pues yo por ser rey,
me quitaré mi corona.

Pasó el rey sin corona por donde el río, que le preguntó:

—Rey, ¿por qué vas sin corona?

—Porque Ratón Pérez
se cayó entre la olla
y la Cucarachita Mandinga
lo gime y lo llora...
Y la palomita
se cortó una alita,
el palomar
se quitó su alar,
la reina
se cortó una pierna,
y yo por ser rey,
me quité la corona.

El río dijo:

—Pues yo por ser río,
me tiraré a secar...

Llegaron unas negras al río a llenar sus cántaros y al verlo seco, le preguntaron:

—Río, ¿por qué estás seco?

—Porque Ratón Pérez
se cayó entre la olla
y la Cucarachita Mandinga
lo gime y lo llora...
Y la palomita
se cortó una alita,
el palomar
se quitó su alar,

la reina
se cortó una pierna,
el rey
se quitó su corona...
Y yo por ser río,
me tiré a secar...

Pues nosotras por ser negras, quebraremos los cántaros.

Pasaba un viejito quien al ver a las negras quebrar sus cántaros, les preguntó:

—¿Por qué quebráis los cántaros?

—Porque Ratón Pérez
se cayó entre la olla
y la Cucarachita Mandinga
lo gime y lo llora...
Y la palomita
se cortó una alita,
el palomar
se quitó su alar,
la reina
se cortó una pierna,
el rey
se quitó la corona,
el río
se tiró a secar
y nosotras por ser negras,
quebramos los cántaros...

El viejito dijo:

Pues yo por ser viejito,
me degollaré.

Y se degolló.



ENTRE tanto llegó la hora del entierro.

La Cucarachita quiso que fuera bien rumbo
e hizo venir músicos que iban detrás del ataúd
tocando. Los violines y los violones decían:

¡Por jartón (1), por jartón,
por jartón
se cayó entre la olla!

Y me meto por un huequito y me salgo por
otro para que Uds. me cuenten otro.

(1) Hartón.

Salir con un domingo siete

HABÍA una vez dos compadres güechos, uno rico y otro pobre.

El rico era muy mezquino, de los que no dan ni sal para un huevo.

El pobre, iba todos los sábados al monte a cortar leña que vendía en la ciudad cuando estaba seca.

Uno de tantos sábados se extravió en la montaña, y le cogió la noche sin poder dar con la salida. Cansado de andar de aquí y de allá, resolvió subir a un árbol para pasar allí la noche. Ató al tronco el burro que le ayudaba en su trabajo y él se encaramó casi hasta el cucurucho. Al rato de estar allí vió de pronto que a lo lejos se encendía una luz. Bajó y se encaminó hacia ella. Cuando la perdía de vista, subía a un árbol y se orientaba.

Al irse acercando, vió que se trataba de una gran casa iluminada, situada en un claro del bosque. Parecía como si en ella se celebrara una gran fiesta. Se oía música, canticos y carcajadas.

El hombre aseguró su bestia y se fué acercando poquito a poco.

La parranda era muy adentro, porque las salas que estaban a la entrada se encontraban vacías. En puntillas se fué metiendo, se fué metiendo hasta que dió con el lugar. Se escondió detrás de una puerta y se puso a curiosear por una rendija: la sala estaba llena de brujas mechudas y feas que bailaban pegando brincos como los micos y que cantaban a gritos esta única canción:

Lunes y martes y miércoles
tres.

Pasaron las horas y las brujas no se cansaban de sus bailes y siempre con su dele que dele:

Lunes y martes y miércoles
tres.

Aburrido el compadre pobre de oír la misma cosa, agregó cantando con su vocecilla de güecho:

Jueves y viernes y sábado
seis.

Gritos y brincos cesaron.

—¿Quién ha cantado? preguntaban unas.

—¿Quién ha arreglado tan bien nuestra canción?—decían otras.

—¡Qué cosa más linda! ¡Quien ha cantado así merece un premio!

Todas se pusieron a buscar y por fin dieron con el compadre pobre, quien estaba en un temblor detrás de la puerta.

¡Ave María! No hallaban dónde ponerlo: unas lo levantaban, otras lo bajaban y besos por aquí y abrazos por allá.

Una gritó: —Le vamos a cortar el güeche.

Y todas respondieron: ¡Sí, sí!

El pobre hombre dijo: —¡Eso sí que no!

Pero antes de acabar, ya estaba la inventora rebanándole el güeche con un cuchillo, sin que él sintiera el menor dolor y sin que derramara una gota de sangre. Luego sacaron del cuarto de sus tesoros sacos llenos de oro y se los ofrecieron en pago de haberles terminado su canto.

El trajo su burro, cargó sus talegos y partió por donde las brujas le indicaron. Al alejarse las oía desgañitarse:

Lunes y martes y miércoles
tres.

Jueves y viernes y sábado
seis.

Sin dificultad llegó a su casita, en donde su mujer y sus hijos lo esperaban acongojados porque temían que le hubiera pasado algo.

Les contó su aventura y mandó a su esposa que fuera adonde el compadre rico y le pidiese prestado un cuartillo para medir el oro que traía.

Ella fué y dijo a la mujer del compadre rico que estaba sola en casa: —Comadrita, ¿quiere prestarme el cuartillo? es que vamos a medir unos frijolillos que cogió mi marido.

Pero la mujer del compadre rico, que era más viva que *quién sabe qué*, se puso a pensar: Callate, ¿acaso tu marido ha sembrado nada? ¿Quién mejor que nosotros sabe que no tienen más terreno que ese en que están clavadas las cuatro estacas del rancho?

Y untó de cola el fondo del cuartillo para averiguar qué iban a medir sus compadres pobres.

Estos midieron tántos cuartillos de oro que hasta perdieron la cuenta.

Al devolver la medida, no se fijaron que en el fondo habían quedado pegadas unas cuantas monedas. La comadre rica al ver aquello, se santiguó y se fué a buscar a su marido.

—Mirá, ¿vos decís que tu compadre es un arrancao, que tiene casi que andar con una mano atrás y otra elante para taparse, que no tiene ni onde querse muerto? Pos estás muy equivocao...— Y la mujer mostró el cuartillo y contó lo ocurrido.

El compadre rico se fué a buscar al pobre.

—Ajá, compadrito—le dijo. —¡Qué indino es usted! ¿Conque tenemos que medir el oro en cuartillo?

El otro que era un hombre que no mentía, contó su aventura sencillamente.

¡El rico volvió a su casa con una envidia!

La mujer le aconsejó que fuera al monte a cortar leña. —Quien quita—le dijo—que te pase lo mismo.

El viernes muy de mañana se puso en camino con cinco mulas y todo el día no hizo más que volar hacha.

Al anoecer se metió en lo más espeso de al montaña y se perdió.

Se subió a un árbol, vió la luz y se fué hacia ella. Llegó a la casa en donde las brujas celebraban cada viernes sus fiestas. Hizo lo mismo que su compadre pobre y se metió detrás de la puerta. Estaban las brujas en lo mejor de su canto:

Lunes y martes y miércoles
tres;
Jueves y viernes y sábado
seis.

Cuando la vocecilla del güecho cantó, toda hecha un temblor:

Domingo siete...

¡Ave María! ¡Para qué lo quiso hacer!

Las brujas se pusieron furiosísimas a jalarse las mechas y a gritar de cólera:

—¿Quién es el atrevido que nos ha echado a perder nuestra canción?

—¿Quién es quien ha salido con ese «Domingo siete?»

Y buscaban enseñando los dientes, como los perros cuando van a morder.

Encontraron al pobre hombre y lo sacaron a trompicones y jalonazos.

—Vas a ver lo que te va a pasar, güecho de todita la trampa—exclamó una que salió corriendo hacia el interior. Luego volvió con una gran pelota entre las manos, que no era otra cosa que el güecho del compadre pobre; la colocó en la nuca del infeliz, en donde se pegó como si allí hubiera nacido. Le desamarraron las mulas, las

libraron de sus cargas de leña y las echaron monte adentro.

Al amanecer fué llegando el compadre rico a su casa con dos güechos, todo dolorido y sin sus cinco mulas.

La flor del Olivar

EN un país muy largo de aquí, había una vez un rey ciego que tenía tres hijos. Lo habían visto los médicos de todo el mundo, pero ninguno pudo devolverle la vista.

Un día pidió que lo sentaran a la puerta de su palacio a que le diera el sol. El sintió que pasaba un hombre apoyado en un bordón, quien se detuvo y le dijo:

—Señor rey, si Ud. quiere curarse, lávese los ojos con el agua en donde se haya puesto la Flor del Olivar.

El rey quiso pedirle explicaciones, pero el hombre se alejó, y cuando acudieron los criados a las voces de su amo y buscaron, no había nadie en la calle ni en las vecindades.

El rey repitió a sus hijos la receta y ofreció

que su corona sería de aquel que le trajera la Flor del Olivar. El mayor dijo que a él le correspondía partir primero. Buscó el mejor caballo del palacio, hizo que le prepararan bastimento para un mes y partió con los bolsillos llenos de dinero.

Anda y anda y anda hasta que llegó a un río. A la orilla había una mujer lavando, que parecía una pordiosera y cerca de ella, un chiquito que lloraba que daba compasión oírlo. La mujer dijo al príncipe:—Señor, por amor de Dios, deme algo de lo que lleva en sus alforjas; mi hijo está llorando de necesidad.

—¡Que coma rayos, que coma centellas! Todo lo que va en las alforjas es para mí.—Y continuó su camino. Pero nadie le dió razón de la Flor del Olivar. Se devolvió y en una villa que había antes de llegar a la ciudad de su padre, se metió en una casa de juego y allí jugó hasta los calzones.

Al ver que pasaban los días y no regresaba el príncipe, partió el hijo segundo, bien provisto de todo. Le ocurrió lo que al hermano: vió la mujer lavando, con un niño esmorecido a su lado; le pidió de comer, y éste que era tan mal corazón como el otro, le respondió:—¡Que coma rayos,

que coma centellas! Yo no ando alimentando hambrientos—. Tuvo que devolverse porque en ninguna parte le daban noticias de la Flor del Olivar. Se encontró con su hermano que lo entorotó a que se quedara jugando su dinero.

Por fin, el último hijo del rey, quien era casi un niño, salió a buscar la Flor del Olivar. Tomó el mismo camino que sus hermanos y al llegar al río encontró a la mujer que lavaba y al niño que lloraba.

Preguntó por qué lloraba el muchachito y la mujer le contestó que de hambre. Entonces el príncipe bajó de su caballo y buscó de lo mejor que había en sus alforjas y se lo dió a la pordiosera. En su tacita de plata echó la leche que traía en una botella, con sus propias manos desmigó uno de los panes que su madre la reina había amasado, puso al niño en su regazo y le dió con mucho cariño las sopas preparadas. Luego lo durmió, lo envolvió en su capa y lo acostó bajo un árbol.

La mujer, que no era otra que la Virgen, le preguntó en qué andaba, y él le contó el motivo de su viaje.

— Si no es más que eso, no tiene Ud. que dar otro paso—le dijo la Virgen—. Levante esa pie-

dra que está al lado de mi hijito, y allí hallará la Flor del Olivar.

Así lo hizo el príncipe y en una cuevita que había bajo la piedra, estaba la Flor, que parecía una estrella. La cortó, besó al niño, se despidió muy agradecido de la mujer, montó a caballo y partió.

Al pasar por donde estaban sus hermanos, les enseñó la Flor. Ellos le llamaron y le recibieron hechos una miel. Lo convidaron a comer y mientras fué a desensillar su caballo, ellos se aconsejaron. En la comida le hicieron beber tanto vino, que se embriagó.

Cuando estuvo dormido se lo llevaron al campo, lo mataron, le quitaron la Flor y lo enterraron. Sin querer le dejaron los deditos de la mano derecha fuera de la tierra.

Los príncipes volvieron donde su padre con la Flor, que fué puesta en agua y en esta agua se lavó el rey sus ojos, que al punto vieron. Entonces dijo a sus hijos que al morir, su inmenso reino se dividiera en dos y así ambos serían reyes.

Entre tanto, los deditos del cadáver retoñaron y nació allí un macizo de cañas. Un día pasó un pastor y cortó una caña e hizo una flauta. Al soplar por ella se quedó sorprendido al oirla cantar así:

No me toquéis, pastorcito,
ni me dejéis de tocar;
que mis hermanos me mataron
por la Flor del Olivar.

El pastor fué a enseñar la flauta maravillosa y los que la oyeron le aconsejaron que se fuera a la ciudad y que allí todo el mundo pagaría por oirla. Así lo hizo y a los pocos días no se quedaba en la ciudad quien no anduviera en busca del pastor dueño de aquel instrumento maravilloso.

Llegó la noticia a oídos del rey, y éste hizo llevar al palacio al pastorcito. Al oír la flauta, recordó la voz de su hijo menor a quien tanto amaba y del que nunca había vuelto a saber nada. Pidió al pastor la flauta y se puso a tocarla y con gran admiración de todos, la flauta cantó así.

No me toquéis, padre mío,
ni me dejéis de tocar,
que mis hermanos me mataron
por la Flor del Olivar.

El rey se puso a llorar. Acudieron la reina y los príncipes.

El rey pidió a la reina que tocara la flauta, que entonces dijo:

No me toquéis, madre mía,
ni me dejéis de tocar,
que mis hermanos me mataron
por la Flor del Olivar.

El rey quiso que su hijo segundo tocara. Todos vieron que los dos príncipes estaban pálidos y con las piernas en un temblor. El príncipe quiso negarse, pero el rey lo amenazó. La flauta cantó:

No me toquéis, hermano mío,
ni me dejéis de tocar,
que aunque vos no me matasteis
me ayudasteis a enterrar.

El príncipe mayor, por orden de su padre tuvo que tocar la flauta:

No me toquéis, perro ingrato,
ni me dejéis de tocar,
que vos fuisteis quien me matasteis
por la Flor del Olivar.

El pobre rey mandó a meter a sus hijos en un calabozo y él y la reina se quedaron inconsolables para toda la vida.

La mica

HABÍA una vez un rey que tenía tres hijos. Y el rey estaba desconsolado con sus hijos, porque los encontraba algo mamitas y él deseaba que fueran atrevidos y valientes. Se puso a idear cómo haría para sacarlos de entre las enaguas de la reina, quien les tenía consentidos como a criaturas recién nacidas y no deseaba ni que les diera el viento.

Un día los llamó y les dijo:—Muchachos, ¿por qué no se van a rodar tierras? Le ofrezco el trono a aquel que venga casado con la princesa más hábil y bonita. Y lo mejor será que no digan nada a su mama, porque ¿quién la quiere ver, si ustedes chistan algo de lo que les he propuesto?

Y dicho y hecho: a escondidas de la reina los príncipes alistaron su viaje. Para no dar malicia,

no salieron todos el mismo día: primero salió el mayor, un lunes; después el de en medio el miércoles y el menor, el sábado.

El mayor cogió la carretera y anda y anda, llegó al anochecer a pedir posada a una casita aislada entre un potrero. Cuando se acercó, oyó unos gritos dolorosos, se asomó por una rendija y vió a una vieja que estaba dando de latigazos a una pobre miquita que lloraba y se quejaba como un cristiano, encaramada en un palo suspendido por mecates de la solera. El príncipe llamó: — Upe! Ña María...

La vieja se asomó alumbrando con la candela. Era una vieja más fea que un susto en ayunas: tuerta, con un solo diente abajo, que se le movía al hablar, hecha la cara un arrugero y con un lunar de pelos en la barba.

El joven pidió posada y la vieja le contestó de mal modo que su casa no era hotel, que si quería se quedara en el corredor y se acostara en la banca.

El príncipe aceptó porque estaba muy rendido. Desensilló la bestia, la amarró de un horcón y él se echó en la banca y se privó.

Allá muy a deshoras de la noche, se recordó asustado, porque alguien le jalaba una manga.

Sobre él, colgando del rabo, estaba la mica, que se había salido quién sabe por donde. Iba a gritar el príncipe, pero ella le puso su manecita peluda en la boca y le dijo:—No grités, porque entonces va y me pillan aquí y me dan otra cuereada. Mirá, vengo a proponerte si te querés casar conmigo y me sacás de esta casa.

Al muchacho le cogieron unas grandes ganas de reír, y no fué cuento sino que reventó en una carcajada.

—Vos sos tonta—le contestó.—¿Cómo me voy yo a casar con una mica? Si querés te llevo conmigo, pero para divertirme.

La pobre animalita se echó a llorar. — Así no, entonces no; yo sólo casada puedo salir de aquí. Y se puso a contar los malos tratos que le daba la vieja y a querer que le tocara su cuerpo y viera como lo tenía de llagado de los golpes. Pero el príncipe no la veía porque se había vuelto a dejar caer y estaba bien dormido. Otro día muy de mañana se levantó y oyó otra vez a la vieja dando de escobazos a la mica. No tuvo lástima y siguió su camino.

Eso mismo le pasó al hijo segundo, quien siguió por la misma carretera. Este tampoco quiso cargar con la mica.

El tercero tomó también la carretera y al anocheecer llegó a la casita del potrero. Y la misma cosa: la vieja dando de palos a la mica. Pero éste tenía el corazón derretido y no podía con la crueldad. Abrió la puerta y le quitó el palo a la vieja, y la amenazó con darle con él si no dejaba a aquel pobre animal.

La vieja se puso como un toro guaco de brava y no quería dar posada al príncipe, pero éste dijo que se quedaría en la banca del corredor y que allí pasaría la noche, aunque se enojara el Padre Eterno.

Y de veras, allí pasó la noche.

Allá en la madrugada lo despertaron unos jalonazos que daban en su vestido. Despertó azorado, restregándose los ojos. Una manita peluda le tapó la boca. Como ya comenzaban las claras del día, distinguió a la mica que se mecía sobre él, agarrada del techo por el rabo. Y la miquita se puso a llorar y a contarle su martirio. Luego le propuso matrimonio. Al principio el joven le llevó el corriente y quiso tomarlo a broma; le ofreció llevarla consigo y tratarla con mucho cariño, pero la mica comenzó a sollozar con una gran tristeza y por su carita peluda corrían las lágrimas.

—Así no—contestó—es imposible. Esta mujer es bruja y sólo si hallo quien se case conmigo, podré salir de entre sus manos.

Este príncipe que siempre había sido de ímpetus, se decidió de repente a casarse con la mica. Donde dijo que sí, retumbó la casa y entre un humarasco apareció la bruja que gritaba:—Y ahora carga con tu mica para toda tu vida.

El sintió deveras como si una cadena atara a su vida la de aquel animal. El príncipe montó a caballo y se puso la mica en el hombro. Conforme caminaba reflexionaba en su acción, y comprendía que había hecho una gran tontería.

A cada rato inclinaba más la cabeza. ¿Qué iba a decir su padre cuando le fuera a salir con que se había casado con una mona? ¿Y su madre, que no encontraba buena para sus hijos ni a la Virgen María? ¡Cómo se iban a burlar sus hermanos y toda la gente! La mica, que parecía que le iba leyendo entre el pensamiento, le dijo: —Mirá, esposo mío. No vayamos a ninguna ciudad. Metámonos entre esa montaña que ves a tu derecha y en ella encontraremos una casita que será nuestra vivienda.

El otro obedeció y a poco de internarse, dieron con una casa de madera que no tenía más que

sala y cocina, con muebles muy pobres, pero todo que daba gusto de limpio. Al frente tenía una huerta y atrás un maizal y un frijolar, chayotera y matas de ayote que ya no tenían por donde echar ayotes.

La mica pidió al príncipe que se fuera a buscar leña; ella cogió la tinaja y fué a juntar agua de un ojo de agua que asomaba allí no más. Un rato después, por el techo salía una columnita de humo y por la puerta el olor de la comida que hacía la mica y que abría el apetito.

Y así fué pasando el tiempo.

Los tres príncipes habían quedado de encontrarse al cabo de un año en cierto lugar.

El marido de la mica siempre estaba muy triste y pensaba no acudir a la cita. Pero ella, cuando se iba acercando el día señalado le dijo:—Esposo mío, mañana váyase para que el sábado esté en el lugar en que encontrará a sus hermanos.

El le preguntó: —¿Y cómo sabés vos?

Pero ella se quedó callada.

Deveras, otro día partió. La mica tenía los ojos llenos de agua al decirle adiós y a él le dió mucha lástima.

Cuando llegó al lugar, ya estaban allí sus hermanos, muy alegres. Le contaron que se habían

casado con unas princesas lindísimas que tenían unas manos que sabían hacer milagros. El pobre no mosticaba palabra y al oírlos sentía ganas de que se lo tragara la tierra.

—Y vos, hombré, contanos cómo es tu mujer —le preguntaron.

No se atrevió a confesar la verdad y no pudo resistir a meterles una mentira. Es una niña tan bella que se para el sol a verla y sabe convertir los copos de algodón en oro, que hila en un hilo más fino que el de una telaraña.

Y sus hermanos al escucharlo sintieron envidia. Cuando llegaron donde sus padres, fueron recibidos con gran alegría. Cada uno se puso a poner a su esposa por las nubes.

—Bueno—les dijo el rey—quiero antes que nada ver los prodigios que saben hacer. Cada una va a hilarme y a hacerme una camisa a mi y otra a la reina, tan finas que un muchachito de pocos meses las pueda guardar en su mano. A ver cuál queda mejor. Les doy un mes de plazo.

Volviéron los príncipes donde sus mujeres y les explicaron el deseo del rey. Inmediatamente las princesas encargaron seda finísima y se pusieron a hilar. La mica no hizo nada, ni volvió a mentar las camisas. El marido la llamaba al

orden, pero se hacía como si no fuera con ella y el príncipe se ponía cada vez más triste. El día de ir al palacio lo despertó la mica muy de mañana; ya le tenía el caballo ensillado.

—¿Para qué me has ensillado mi bestia? No pienso ir a donde mis padres, porque no puedo llevarles lo que me pidieron.

Entonces ella le entregó dos semillas de tacaco.

—Aquí están las camisas—le dijo.

El muchacho no quería creer, pero la mica le dijo que si al abrirlas ante su padre no tenía lo que deseaba, él quedaría libre de ella.

Partió el príncipe y en el camino encontró a sus hermanos, que en cajas de oro, llevaban las camisas de un tejido de seda muy fino. Las costuras apenas si se veían y los botones eran de oro. Cuando el menor enseñó sus semillas de tacaco, los mayores rieron y le hicieron burla. Al llegar ante el rey, se regocijó éste con el trabajo de las dos nueras y se puso furioso cuando el otro le dió las semillas de tacaco. Como las cogió con cólera, las estripó y entonces salió de cada una una camisa de una tela tan fina que una hoja de rosa se veía ordinaria a la par, y de una blancura tal, que si se hubieran tejido con hebras hiladas de la luna. Los botones eran brillantes y las cos-

turas no se podían ver ni buscándose con lente. El rey y la reina casi se van de bruces y los hermanos salieron avergonzados y envidiosos.

Bueno—dijo el rey.—Estoy muy satisfecho del trabajo de vuestras esposas. Ahora que cada una me envíe un plato. Quiero ver cuál queda mejor. Les doy una quincena de plazo.

El menor volvió muy contento donde su mica y le contó el nuevo capricho del padre. La mica no volvió a mencionar el asunto, pero el príncipe esta vez esperó pacientemente. Eso sí, se sintió algo intranquilo cuando llegado el día, la vio coger para el cerco y volver con un gran ayote que echó a cocinar en la olla.

—Me le va a llevar esto a su padre—le dijo sacándolo y echándolo en un canasto.

El no hallaba como ir llegando con aquello. Pero los ojillos de la mica estaban nadando en malicia. Entonces se decidió, cogió su canasto y echó a andar. En el camino encontró a sus hermanos que venían seguidos de criados cargados de bandejas de oro y plata, con manjares exquisitos preparados por sus esposas.

Cuando lo vieron a él con su ayote entre un canasto, se burlaron y le hicieron chacota.

Se sentaron a la mesa y comenzaron a servir

los platos; el rey y la reina hasta que se chupaban los dedos. Pero cuando fueron entrando con el ayote entre el canasto, el rey se enfureció y lo cogió y lo reventó contra una pared. Y al reventarse, salió volando de él una bandada de palomitas blancas, unas con canastitas de oro en el pico, llenas de manjares tan deliciosos como los que se deben comer en el cielo en la mesa de Nuestro Señor, otras con flores que dejaban caer sobre todos los presentes. ¡Ave María! ¡Aquello sí que fué algazara y media!

El rey les dijo: —Bueno, ahora quiero que me traigan una vaquita que ojalá se pueda ordeñar en la mesa, a la hora de las comidas. Les dió ocho días de plazo.

Los príncipes fueron renegando de su padre tan antojado, llegaron de chicha a contar cada uno a su esposa el antojo del rey. Sólo el menor no dijo nada, porque la cosa le parecía imposible.

A los ocho días fué entrando la mica con un cañuto de caña de bambú y lo entregó a su esposo: —Tome, hijo, y vaya al palacio. Tenga confianza y verá que le va bien. No lo abra hasta llegar allá.

El muchacho cogió el cañuto y partió. En el patio encontró a sus hermanos con unas vaquitas

enanas del tamaño de un ternero recién nacido y llenas de cintas. Al verlo entrar sin nada, se pusieron a codearse y a reirse.

A la hora del almuerzo fueron entrando con sus vacas y se empeñaron en que subieran a la mesa, pero allí los animales dejaron una quebrón de loza y una hizo una gracia en el mantel. El rey y la reina se enojaron mucho y se levantaron de la mesa sin atravesar bocado.

A la comida, el rey preguntó a su hijo menor por su vaquita. El sacó el cañuto de caña de bambú, lo abrió y va saliendo una vaquita alazana con una campanita de plata en el pescuezo y los cacachitos y los casquitos de oro. Las teticas parecían botoncitos de rosa miniatura. Se fué a colocar muy mansita frente al rey sobre su taza, como para que la ordeñara. El rey lo hizo y llenó la taza de una leche amarilla y espesa. Después se colocó ante la reina e hizo lo mismo y así fué haciendo con cada uno de los que estaban sentados. Todos tenían un bigote de espuma alrededor de la boca.

Por supuesto que ustedes imaginarán cómo estaban los reyes con su hijo menor. Ni para que decir nada de ésto?

Los otros, que se veían perdidos, salieron con el rabo entre las piernas.

—Ahora—dijo el rey—quiero que me traigan a sus esposas el domingo entrante.

—¡Aquí sí que me llevó la trampa!—pensó el hijo menor. Por un si acaso, se fué a las tiendas y compró un corte de seda, un sombrero, guantes, zapatillas, ropa interior, polvos, perfume y qué se yo.

Y llegó con su regalía y contó a su esposa lo que deseaba su padre. La mica se hizo la sorda y en toda la semana trabajó nada más que en sus labores de costumbre: barrer, limpiar, hacer la comida y lavar.

Cada rato el marido le decía:—Hija, ¿por qué no sacás el corte que te traje y hacés un vestido?

Pero ella lo que hacía era encaramarse en su trapecio que estaba suspendido de la solera y hacer maroma colgada del rabo.

El sábado pidió a su marido que se fuera a conseguir una carreta y que la pidiera con manteado para ir así a conocer a sus suegros. El quiso persuadirla que era muy feo ir en carreta, menos adonde el rey; que se iban a reir de ella, que la gente de la ciudad era rematada y que por aquí y por allá. Pero la Mica metió cabeza y dijo que si no iba en carreta, no iría.

El príncipe pensaba que esto sería lo mejor, y

a ratos intentó no volver a poner los pies en el palacio, pero el caso es que fué a buscar y contratar la carreta.

El domingo quiso que su esposa se arreglara y adornara, que se envolviera siquiera en la seda que él había traído, porque deseaba que no le vieran el rabo. La mica, que era cabezona como ella sola, no quiso hacer caso y le contestó:

—Mire, hijo, para el santo que es con un repique basta—. Y se pasó la lengüilla rosada por su piel.

Lo mandó que se fuera adelante y ella se metió entre la carreta.

El príncipe encontró de camino a sus hermanos que iban en sendas carrozas de cuatro caballos, cada uno con su esposa llena de encajes y plumas que pegaban al techo de la carroza. Eran hermosotas, no se podía negar, y el joven volvió la cabeza y pegó un gran suspiro cuando allá vió venir la carreta pesada y despaciosa.

—¿Y tu mujer?—preguntaron los hermanos.

—Allá viene en aquella carreta.

Las señoras se asomaron y se taparon la boca con el pañuelo para que su cuñado no las viera reir. Los príncipes se pusieron como chiles, al pensar lo que se iban a imaginar sus mujeres, al

ver que su cuñada venía entre una carreta cubierta con un manteado, como una mujer del campo.

Llegaron a la puerta del palacio. El rey y la reina salieron a recibir a sus hijos. Las dos nuevas al inclinarse les metieron el plumaje por la nariz. En esto la carreta quiso entrar en el patio, pero los guardias lo impidieron.

—¿Y tu esposa?—preguntó el rey al menor de sus hijos.

—Allí viene entre esa carreta—contestó todo chillado.

—¡Entre esa carreta!—Pero hijo, vos estás loco!

Y el gentío que estaba a la entrada del palacio se puso a silbar y a burlarse, al ver la carreta con su manteado detrás de aquellas carrozas que brillaban como espejos.

El rey gritó que dejaran pasar la carreta.

Y la carreta fué entrando, cararán, cararán... Se detuvo frente a la puerta...

—El príncipe estaba en un hilo! Deseaba que la tierra se lo tragara. Tuvo que sentarse en una grada, porque no se podía sostener. ¡Ya le parecía oír los chillidos de la gente donde vieran salir de la carreta una mica!

Y va saliendo una princesa tan bella que se

paraba el sol a verla, vestida de oro y brillantes, con una estrella en la frente, riendo y enseñando unos dientes que parecían pedacitos de cuajada.

Lo primero que hizo fué buscar al menor de los príncipes. Le cogió una mano con mucha gracia y le dijo:—Esposo mío, preséntame a tus padres—. Cuando se los hubo presentado, los reyes se sintieron encantados porque hacía unas reverencias y decía unas cosas con tal gracia, que jamás se había visto.

El rey en persona la llevó de bracete al comedor y la sentó a su derecha. Durante la comida, sus concuñas, que no le perdían ojo, vieron que la princesa se echaba entre el seno con mucho disimulo, cucharadas de arroz, pedacitos de pescado y empanadas. Por imitarla hicieron lo mismo. Después hubo un gran baile. Cuando comenzaron a bailar, la princesa se sacudió el vestido y salieron rodando perlas, rubíes y flores de oro. Las otras creyeron que a ellas les iba a pasar lo mismo y sacudieron sus vestidos, pero lo que salió fueron los granos de arroz, los pedazos de carne y las empanadas. Los reyes y sus maridos sintieron que se les asaba la cara de vergüenza.

Luego el rey cogió a su hijo menor y a su

esposa de la mano y los llevó al trono.—Ustedes serán nuestros sucesores—les dijo. Pero ella con mucha gracia le contestó:—Le damos las gracias, pero yo soy la única hija del rey de Francia que está muy viejito y quiere que mi esposo se haga ya cargo de la corona.

Al oír que era la hija del rey de Francia, el rey casi se va para atrás, porque el rey de Francia era el más rico de todos los reyes, el rey de los reyes, como quien dice. La princesa habló algunas palabras al oído de su marido, quien dijo a su padre:

—Padre mío, ¿por qué no reparte su reino entre mis dos hermanos? Así estará mejor atendido.

Al rey le pareció muy bien y allí mismo hizo la repartición. Los hermanos quedaron muy agradecidos. Luego se despidieron y se fueron para Francia en una carroza de oro con ocho caballos blancos que tenían la cola y las crines como cataratas espumosas. Esta carroza llegó cuando la carreta que trajo a la princesa iba saliendo del patio del palacio. Y cuando estuvieron solos, la niña le contó que una bruja enemiga de su padre, porque este no había querido casarse con ella, se vengó convirtiéndole a su hija en

una mica que volvería a ser cristiana cuando un príncipe quisiera casarse con esta mica.

Y después vivieron muy felices.

Y yo fui
y todo lo ví
y todo lo curioseé.
y nada saqué.

El Tonto de las adivinanzas

HABÍA una vez una viejita que tenía dos hijos: uno vivo y otro tonto. Al mayor lo creían vivo porque era trabajador, amigo de guardar su plata y de plantarse bien los domingos. El otro gastaba en tonteras cuanto cinco le caía en las manos, y no le importaba un pito andar hecho un candil de sucio; y le decían por mal nombre «El Grillo».

Un día llegó un vecino y les dijo que en el pueblo andaba el cuento de que el rey ofrecía casar a su hija con aquel que le pusiera tres adivinanzas que él no pudiera adivinar, y que le adivinara otras tres que él daría.

Otro día se levantó el Tonto muy de mañana y dijo a la viejita:

—Mama, sabe que he ideao ir yo onde el rey,

a ver si me gano la hija. Quien quita que pueda yo sacarlos a ustedes de jaranas.

—Jesús, apiate y mirá estas cosas,—contestó la viejita al oír a su hijo.—Callate, Tonto de mis culpas, y no me volvás a salir con tus tonteras. Y lo trapió y le dijo unas cosas que no me atrevo a repetir

Pero el muchacho metió cabeza, y cuando la viejita lo vió fué ensillando a Panda, su yegua. Entonces, como no había más remedio, se puso a prepararle un almuerzo para el camino. Fué al solar a coger unas hojitas de orégano para echarle a una torta de arroz y huevo que le hacía, pero como aquella idea de su hijo la tenía atarantada, no se fijó en que, en vez de orégano, cogía unas hojas de una yerba que era un gran veneno.

Por fin el hijo montó a Panda y dijo adiós a su madre y a su hermano, los que habían hecho todo lo posible por convencerlo de que desistiera de su viaje.

La pobre viejita salió a la tranquera a verlo irse y le dijo:—Que Dios te acompañe, hijó... Aquí nos dejás sólo Dios sabe cómo. Vas a ver que con lo que vas a salir es con una pata de banco.

El muchacho no hizo caso y cogió el camino.

Al mucho andar sintió hambre, desmontó y sacó de sus alforjas el almuercito que le hizo su madre. Era en un lugar en donde no crecía ni una mata de hierba. Sintió lástima al pensar que la pobre Panda iba a tener que ayunar. Entonces, aunque le tenía mucha gana a la torta, la cogió y se la dió a su yegua y él se comió un gallito de frijoles que bajó con bebida. Apenas la yegua se tragó la torta cuando cayó pataleando y en seguida murió, a consecuencia del veneno de las hojas con que la viejecita quiso dar gusto a la torta, creyendo que eran de orégano.

El muchacho se sentó cerca de su bestia a hacerle el duelo. En esto llegaron tres perros que se pusieron a lamer el hocico de la difunta. ¡Para qué lo hicieron! En seguidita cayeron también pataleando y a poco murieron.

El Tonto hizo un hueco para enterrar a Panda y mientras la enterraba, llegaron siete zopilotes que hicieron una fiesta con los tres perros. A poco los siete zopilotes pararon la vista y cayeron tiesos.

Entonces el Tonto, que no era tan dejado como creían, secó sus lágrimas y se dijo:—No hay mal que por bien no venga... Ya tengo mi primer adivinanza.

Siguió anda y anda y se encontró con una vaca que se había despeñado y que estaba en las últimas. La acabó de matar y halló entre su panza un ternero que ya iba a nacer. Lo sacó, asó parte de la carne del animalito y se la comió. Siguió su camino y vió unas palmeras de coco cargaditas de frutas. Como tenía mucha sed, subió a una, cogió unos cocos y se bebió su agua.

Por fin llegó al palacio del rey y se hizo anunciar como un pretendiente a la mano de su hija. Los criados y los señores se pusieron a burlarse:

—¡Lo que no han podido personas inteligentes lo va a poder este no-nos-dejes!—decían y se morían de risa.

El rey le hizo algunas reflexiones: — Que si no ganaba, lo ahorcaría y que ésto y lo de más allá, pero él no hizo caso.

La princesa se horrorizó al imaginar que tuviera que casarse con aquel Tonto, y por un si acaso, le propuso que si se salía con la suya, tenía que calzarse (porque era descalzo) y vestirse como los señores y que si no, no habría nada de lo dicho. Y el Tonto dijo que bueno.

Se reunió un gran gentío en el salón del palacio: el rey con su hija en su trono, los ministros,

los duques, los condes, los marqueses y cuanta persona que era gran pelota en el país. Y va entrando mi Tonto muy en ello y con mucha tranquilidad, como si estuviera en la cocina de su casa, dijo: —Allá te va la primera, señor rey:

«Torta mató a Panda,
Panda mató a tres;
tres muertos mataron a siete vivos».

El rey se puso a reflexionar y fué de reflexionar como una hora, y no pudo dar en el chiste. Por fin se dió por vencido. El Tonto explicó: —Una torta que se comió Panda, mi yegua, la mató; llegaron tres perros, le lamieron el hocico y enseguida murieron; bajaron siete zopilotes, se comieron a los perros y también murieron.

Luego el Tonto dijo:—Allá te va la segunda: «Comí carne de un animal que no corría sobre la tierra, ni volaba por los aires, ni nadaba en las aguas».

Vuelta el rey a cavilar y al cabo de una hora se dió por vencido. El muchacho explicó:—Encontré una vaca que se había despeñado y que estaba boqueando; la acabé de matar y le saqué

de la panza un ternerito que estaba para nacer. Lo asé y comí de su carne.

Luego el muchacho dijo:—Allá te va la tercera: «Bebí agua dulce que no salía de la tierra, ni caía del cielo».

Tampoco pudo esta vez adivinar el rey y el Tonto explicó: —Me bebí el agua de unos cocos y ya ve, señor rey, como al mejor mono se le cae el zapote.

Le llegó el turno al rey de proponer sus adivinanzas.

Mandó cortar a una chanchita el rabo, que puso entre una caja de oro que presentó al Tonto y le preguntó:—¿Adivinás lo que tengo aquí?—El se rascó la cabeza y al verse en este apuro, se dijo en voz alta:—«Aquí fué onde la puerca torció el rabo...»

El rey casi se cae para atrás.

—¡Muchacho! ¿Cómo has hecho para adivinar?

El Tonto comprendió que de pura chiripa había acertado, y como no era tan tonto, dijo haciéndose el misterioso:—Eso no se puede decir... Eso es muy sencillo para mí.

Entonces el rey fué a su cuarto, cogió un grillo que cantaba en un rincón, lo encerró entre su mano y se lo presentó.—¿Qué tengo aquí?

El muchacho se puso a ver para arriba y viendo que nada se le ocurría, se dijo en voz alta:— ¡Ah caray! ¡Y en qué apuros tienen a este pobre Grillo! (como a él lo llamaban el Grillo...)

El rey se hizo de cruces, la princesa estaba en un hilo y la gente se volvía a ver, admirada.

—¡Muchacho de Dios! ¿Cómo has hecho para adivinar?

Otra vez los aires misteriosos para contestar:—Muy fácil pero no se puede decir.

Mandó a hacer el rey en un salón un altar con cortinas de oro y plata, candeleros de oro, candelas de cera rosada, con floreros y muchos adornos y sin que nadie lo viera, llenó un vaso de estiércol, lo envolvió bien en un paño de oro bordado con rubíes y brillantes y lo colocó en medio del altar. Hizo llamar al Tonto y le preguntó:

—¿A que no me adivinás qué tengo en ese altar?

—¿Qué puede ser? ¿Qué puede ser? pensaba el muchacho sudando la gota gorda. Lo que es ahora sí que no adivino. Lo que me voy a sacar es que mea horquen.—Luego, casi desesperado, dijo:—Bien me dijo mi mama que buen adivinador de m..... sería yo.

El rey se quedó en el otro mundo.

—¡Muchacho! ¿Cómo has adivinado? Y él respondió: —¡Muy fácil! Si así me las dieran todas...

Inmediatamente se comenzaron los preparativos para la boda. La princesa estaba que cogía el cielo con las manos. La pobre no tenía nadita de ganas de casarse con aquel gandumbas.

Llamó al zapatero para que le tomara las medidas a su futuro esposo de unos zapatos de charol, pero le aconsejó que se los dejara lo más apretados que pudiera. Lo mismo al sastre con el vestido y mandó a comprar un cuello bien alto.

Cuando llegó el día del matrimonio, el Tonto fué a vestirse de señor, pero todo fué ponerse aquellas botas de charol y comenzar a hacer muecas. Le pusieron tirantes, el cuello que casi no lo dejaba respirar y las mangas de la leva le quedaban tan angostas que se veía obligado a tener los brazos encogidos, y parecía un chapulín. Pero lo que no se aguantó fué que le pusieran guantes. Cuando lo vieron fué sacándose la leva y arrancándose el cuello y la corbata y tirándolos por la ventana. Los zapatos de charol fueron a dar a un tejado.

—¡Adió! ¡Caray! gritó al verse libre de todas aquellas tonteras. ¿Yo por qué voy a andar a disgusto?

La princesa, que estaba escondida detrás de una cortina, ya no podía de tanto reír.

El muchacho se fué a buscar al rey y le dijo: —Mucho me gusta su hija, pero más me gusta andar a gusto. Me comprometí a casarme con ella si me vestía de señor, pero yo no sé cómo hacen pa a andar con los pies hechos un garrote, ahorcándose, bien echaos p'atrás, que les tiene que doler la caja del cuerpo. Prefiero volverme onde mi mama: allí ando yo como me dá mi gana y si me quedo aquí tendré que pasar mi vida como un Niño Dios en retoque. *

Entonces el rey le dió dos mulas cargadas de oro y el Tonto se volvió a su casa, donde lo recibieron muy contentos.

* Parece que a esas sonrientes esculturas que representan al Niño Dios, para retocarlas y trabajar sin dificultad, las aseguran con un tornillo que les meten por detrás.

La suegra del Diablo

HABÍA una vez una viuda de buen pasar, que tenía una hija. La muchacha era hermosota y la madre quería casarla con un hombre bien rico. Se presentaron algunos pretendientes, todos hombres honrados, trabajadores y acomodados, pero la viuda los despedía con su música a otra parte porque no eran riquísimos.

Una tarde se asomó la muchacha a la ventana, bien compuesta y de pelo suelto. (Por cierto que le llegaba a las corvas y lo tenía muy arrepentido). No hacía mucho rato que estaba allí, cuando pasó un señor a caballo. Era un hombre muy galán, muy bien vestido, con un sombrero de pita finísimo, moreno, de ojos negros y unos grandes bigotes. El caballo era un hermoso animal con los cascos de plata y los arneses de oro y plata. Saludó con una gran reverencia a la

niña, y le echó un perico. La niña advirtió que el caballero tenía todos los dientes de oro. El caballo al pasar se volvió una pura pirueta. Desde la esquina, el jinete volvió a saludar a la muchacha, quien se metió corriendo a contar a su madre lo ocurrido.

A la tarde siguiente, madre e hija bien alcohoreadas, se situaron en la ventana. Volvió a pasar el caballero en otro caballo negro, más negro que un pecado mortal, con los cascos de oro, frenos de oro; riendas de seda y oro y la montura sembrada de clavitos de oro. La viuda advirtió que en la pechera, en la cadena del reloj y en el dedito chiquito de la mano izquierda, le chispeaban brillantes. Se convenció de que era cierto que tenía toda la dentadura de oro. Las dos mujeres se volvieron una miel para contestar el saludo del caballero.

Al día siguiente, desde buena tarde, estaban a la ventana, vestidas con los trapos de coger misa, volando ojo para la esquina. Al cabo de un rato, apareció el desconocido en un caballo que tenía la piel tan negra como si la hubieran cortado en una noche de octubre; las herraduras eran de oro y los arneses de oro, sembrados de rubíes, brillantes y esmeraldas.

Las dos se quedaron en el otro mundo cuando lo vieron detenerse ante ellas y desmontar. Las saludó con grandes ceremonias. Lo mandaron pasar adelante, la viuda llamó al concertado para que cuidase del caballo y comenzó a sacarle la jícara.

El desconocido dijo que se llamaba don Fulano de Tal, presentó recomendaciones de grandes personas, habló de sus riquezas, las invitó a visitar sus fincas y por último, pidió a la niña por esposa. No había terminado de hacer la propuesta, cuando ya estaba la madre contestándole que con mucho gusto y llamándolo hijo mío.

Desde ese día las dos mujeres se volvieron turumba; cada día visitaban una finca del caballero; cada noche bailes y cenas; no volvieron a caminar a pie, sólo en coche, y regalos van y regalos vienen.

Por fin llegó el día de la boda. El caballero no quiso que fuera en la iglesia sino en la casa y nadie se fijó en que al entrar el padre, el novio tuvo intenciones de salir corriendo.

Los recién casados se fueron a vivir a otra ciudad en donde el marido tenía sus negocios. Desde el primer día que estuvieron solos, al almuerzo, el marido dijo a la esposa que él sabía hacer pruebas que dejaban a todo el mundo con la

boca abierta y que las iba a repetir para entretenerla; y diciendo y haciendo, se puso a caminar por paredes y cielo con la facilidad de una mosca; se hacía del tamaño de una hormiga, se metía dentro de las botellas vacías y desde allí hacía morisquetas a su mujer; luego salía y su cuerpo se estiraba hasta alcanzar el techo. Y esto se repetía todos los días al almuerzo y a la comida. En una ocasión vino la viuda a ver a su hija y ésta le contó las gracias de su marido. Cuando se sentaron a la mesa, la suegra pidió a su yerno que hiciera las pruebas de que le había hablado su hija. Éste no se hizo de rogar y comenzó a pasearse por cielo y paredes y a repetir cuantas curiosidades sabía hacer. La vieja se quedó con el credo en la boca y desde aquel momento no las tuvo todas consigo.

A los pocos días volvió a hacer otra visita a sus hijos, y trajo consigo una botijuela de hierro, con una tapadera que pesaba una barbaridad. A la hora del almuerzo rogó a su yerno que las divirtiese con sus maromas. Después que éste se dió gusto con sus paseos boca abajo por el techo, le presentó la botijuela y le dijo: —¿Apostemos a que aquí no entra Ud?

El otro de un brinco se tiró de arriba y se me-

tió en la botijuela como Pedro por su casa. La suegra hizo señas a unos hombres que tenía listos con la tapadera, tras una cortina, y éstos se precipitaron y taparon la botijuela. El yerno se puso a dar gritos desaforados y a hacer esfuerzos por salir. La esposa quiso intervenir para que le abrieran, pero la madre le dijo: — Criatura de Dios, ¿pues no ves que es el mismo Pisuicas? Desde la otra vez que estuve, eché de ver que tu marido no era como todos los cristianos. Le consulté a un sacerdote, quien me acabó de convencer de que mi yerno no era sino el Malo. Dale infinitas gracias a Nuestro Señor de que a mí se me ocurriera este medio de salir de él.

Luego se fué en persona para la montaña, seguida de los hombres que cargaban la botijuela. Se hizo un hoyo profundo y allí dejó enterrada la botijuela con su yerno dentro. Este se quedó bramando de rabia y diciendo pestes a su suegra.

En efecto, aquel era el Diablo y desde el día en que la vieja lo enterró, nadie volvió a cometer un pecado mortal, sólo pecados veniales, aconsejados por los diablillos chiquillos. Y toda la gente parecía muy buena, pero sólo Dios sabía cómo andaba el frijol.

Pasaron los años y pasaron los años en aquella

bienaventuranza, y el pobre Pisuicas enterrado, inventando a cada minuto una mala palabra contra su suegra. Un día pasó por aquel lugar un pobre leñador que tenía por único bien una marimba de chiquillos a la cola, y tan arrancado que no tenía segundos calzones que ponerse. Le pareció oír bajo sus pies algo así como retumbos; se detuvo y puso el oído. Una voz que salía de muy adentro decía:—Quien quiera que seás, sacame de aquí.—El hombre se puso a cavar en el sitio de donde salía la voz. Al cabo de unas cuantas horas de trabajar, dió con la botijuela. De ella salía la voz que ahora decía:—Pronto, buen hombre, sacame de aquí.

El preguntó:—¿Qué persona por más pequeña que sea puede caber dentro de esta botijuela?

El que estaba en ella contestó: - Sacame y verás. Soy alguien que puede hacerte inmensamente rico.

Esto era encontrarse con la Tentación y el pobre, al oír lo de las riquezas, hizo un esfuerzo tan grande que levantó solo la tapadera. Cierto es que por dentro, el Diabolo empujaba con todas sus fuerzas. La tapadera saltó con tal ímpetu que desapareció en los aires; el Demonio salió envuelto en llamas y la montaña se llenó de un humo

hediondo a azufre. El pobre leñador cayó al suelo más muerto que vivo. Cuando fué volviendo en sí, se le acercó el Diablo y le contó la historia de su entierro.

—Para pagarte tu favor—le dijo—nos vamos a ir a la ciudad. Yo me voy a ir metiendo en diferentes personas de las más ricas y sonadas, para que se pongan locas. Vos aparecerás en la ciudad como médico y ofrecerás curarlas. No tenés nada más que acercarte al oído del enfermo y decirme: Yo soy el que te sacó de la botijuela, —y al punto saldré del cuerpo. Eso sí, cuando te acerqués y yo te diga que no, es mejor que no insistás porque será inútil. Ya te lo advierto.

Y así fué. Partieron para la ciudad, el leñador se hizo anunciar como médico y a los pocos días cátate con un gran conde más loco que la misma locura. Lo vieron los más famosos médicos del reino, y nada. De pronto se supo que el médico recién llegado ofrecía devolverle la salud. Llegó donde el enfermo y para disimular, se puso a darle cada hora una cucharada del contenido que traía en una botella y que no era otra cosa que agua del tubo con anilina. A las tres cucharadas se acercó al oído del conde y dijo:—Soy yo el que te sacó de la botijuela.—

Inmediatamente salió el Diablo y el conde quedó como si tal enfermedad hubiera tenido. Toda la familia estaba agradecidísima, no hallaban donde poner al médico y lo dejaron bien pistudo.

Siguieron presentándose casos de locura de diferentes aspectos y casi todos eran en el duque don Fulano de Tal, en la condesa doña Mengana, en el marqués don Perencejo. Y todos fueron curados por el médico, que ya no tenía donde guardar el oro que ganaba. Por fin se puso mala la reina y, ¡el Señor me dé paciencia! Aquello si que fué el juicio. La reina no tenía sosiego un minuto y ya el rey iba a coger el cielo con las manos y últimamente tuvieron que amarrarla, porque ya no se aguantaba. Aconsejaron al rey que llamara al famoso médico y cuando llegó, le ofreció hacerlo su médico de cabecera y darle muchas riquezas si sanaba a su esposa. El otro, por rajón, le contestó que ya podía hacerse de cuentas de que la reina estaba curada y que si no sucedía así, le daría su cabeza.

Se acercó con su botella de agua y le dió las tres cucharadas. A la tercera, dijo al oído de la enferma: —Soy yo, el que te sacó de la botijuela.

El diablo respondió: —No!

Al oír esto, el hombre se achucuyó. ¿Y ahora qué iba a hacer? Se acercó otra vez al oído de la enferma a suplicarle: —¡Salí por lo que más que-rrás! ¡Mirá que si no, acaban conmigo! Por vida tuyita...

Pero de nada le servían las súplicas: el otro seguía emperrado en que no y en que no.

Pidió al rey tres días de término y entre tanto, no hizo otra cosa que suplicar al Diablo que saliera, dar cucharadas de agua con anilina a la pobre reina y sobarse las manos. Cuando estaba para terminarse el plazo se le ocurrió una idea: pidió al rey que hiciera traer la banda, que comprara triquitraques y cohetes, que a cada persona del palacio le diera una lata o algún trasto de cobre y la armara de un palo y que a una señal suya, la banda rompiera con una tocata bien parrandera, todos gritaran y golpearan en sus latas y se diera fuego a la pólvora.

Y así se hizo. En este momento se acercó el leñador al oído de la reina y suplicó al Diablo: —Salí por vida tuyita.

En vez de contestar, el Diablo preguntó: —Hombré, ¿qué es ese alboroto? El otro respondió: —Aguardate, voy a ver que es:

Inmediatamente volvió y dijo: —¡Que Dios te

ayude! Es tu suegra que ha averiguado que estás aquí y ha venido con la botijuela para meterte en ella de nuevo.

—¿Quién le iría con la cavilosada a la vieja de mi suegra?—dijo el Diablo. ¿Y patas pa qué las quiero? Salió corriendo y no paró sino en el Infierno. La reina se puso buena y el leñador, que ya era don Fulano y muy rico, mandó por su mujer y su chapulinada y todos fueron a vivir a un palacio regalo del rey. Desde entonces vivieron muy a gusto.

La casita de las torrijas

HABÍA una vez unos chacalincitos que quedaron huérfanos de padre y madre y sin nadie que les dijera ni ¿qué hacen ai?

Era la pareja: la mujercita la mayor y la que había quedado de cabeza de casa. Eran muy pobres y un día no les amaneció ni una burusca con qué encender el fuego. Entonces decidieron irse a rodar tierras. Atrancaron la puerta y agarraron montaña adentro. Allá al mucho andar, se sintieron cansados; entonces se subieron a un palo para pasar la noche y se acomodaron en una horqueta. Así que anocheció, vieron allá muy largo una lucecita. No se atrevieron a bajar por miedo que se los fuera a comer algún animal, pero se fijaron bien en la dirección en que quedaba.

Apenas comenzó a amanecer, bajaron y anduvieron en dirección de la lucecita. Anda y anda, anda y anda, salieron al medio día a un potrero.

A la orilla de la montaña había una casita; por el techo salía un mechoncito de humo y por la puerta y la ventana, un olor como a miel hirviendo.

Poquito a poco se fueron acercando y vieron en la ventana una cazueleja con torrejas. Como estaban hilando de hambre, y el olor convidaba, no pudieron contenerse y se arrimaron a la ventana. La muchachita estiró la mano y se cachó una torreja. De adentro una voz que sonaba a trasto rajado, gritó: «Piscurun gato, no me robés mis torrejas!»

Los chiquillos se escondieron entre el monte y allí se repartieron su torreja, que lo que hizo fué alborotarles la gana.

Otra vez se fueron acercando y pescaron otra torreja. Y otra vez la voz que gritaba: «Piscurun gato, no me robés mis torrejas!»

Los muchachos se escondieron, se comieron la torreja y quisieron volver por más, pero da la desgracia de que por querer salir a la carrera, lo hicieron muy ateperetadamente y la cazueleja se volcó. A la bulla, se asomó la vieja, la dueña de la casa, que era una bruja más mala que el mismo Patas. Vió por donde cogieron las criaturas, se les puso atrás y al poco rato los agarró por

las orejas y los trajo arrastrando hasta la casa.

Como estaban tan flacos que parecían fideos, la bruja les dijo que no se los comería, pero que los iba a engordar como a unos chanchitos para darse después cuatro gustos con ellos.

Los encerró entre una java y cada día les echaba los desperdicios, y como los pobres no tenían otra cosa, no les quedaba más que convenir y tragárselos.

Bueno, allá a los ocho días llegó la vieja y les dijo:—Saquen por esta rendija el dedito chiquito.

A la niña se le ocurrió que era para ver como andaban de gordura y entonces sacó dos veces un rabito de ratón que se había hallado en un rincón de la java. Como la vieja era algo pipiriciega, no echó de ver el engaño, al tocarlo, y se fué más brava que un Solimán, al sentir aquello tan requeteflaco.

Y así fué por espacio casi de tres meses. Lo cierto del caso es que los chiquillos, quieras que no, se habían engordado con los desperdicios.

Pero dió el tuerce de que un día, la niña no agarró bien el rabito del ratón al ponérselo a la bruja para que tocara, y se le quedó a ésta en la mano. Se fué a la luz a mirar bien y al convenirse que los chiquillos la habían estado cogiendo

de mona, se puso muy caliente: abrió la java y los sacó. Al verlos tan cachetoncitos, se le bajó la cólera.

—Bueno—les dijo— ahora voy a ver si hago una buena fritanga con ustedes. Vayan a traerme agua a aquella quebrada para ponerlos a sancochar.—Por supuesto, que al oirla, a los infelices se les atravesó en la garganta un gran torozón. A cada uno le dió una tinaja para que la hinchara, y ella se puso a cuidarlos desde la puerta.

Cuando llegaron a la quebrada, les salió de detrás de un palo, un viejito que era tatica Dios, y les dijo:—No se aflijan, mis muchachitos, que para todo hay remedio. Miren, van a hacer una cosa: ahora van a llegar con el agua y se van a mostrar muy sumisos con la vieja. Y hasta procuren quedar bien: aticen el fuego, bárranle la cocina, friéguenle los trastos. Ella ha de poner una gran olla sobre los tinamastes y una tabla enjabonada que llegue a la orilla de la olla y apoyada en la pared. Les ha de decir que echen una bailada sobre la tabla, pero es, que sin que ustedes se den cuenta, va a inclinar la tabla y ustedes se van a resbalar y van a ir a dar entre la olla; así la bruja no tendrá que molestarse oyéndolos gritar y hacer esfuerzos por escaparse.

Y así que les aconsejó lo que debían hacer, el viejecito se metió en la montaña.

Volvieron los chiquitos e hicieron lo que tática Dios les aconsejara: barrieron, atizaron el fuego, y echaron muchos viajes a la quebrada con las tinajas, para llenar la gran olla en que los iba a sancochar.

La vieja se puso muy complaciente con ellos al verlos tan obedientes y tan afanosos. Por fin puso la tabla enjabonada y les dijo:—Vengan mis muchachitos y echen una bailadita en esta tabla.

La niña se hizo la inocente, y dijo por dentro:—Callate, pájara, que ya yo sé tus cábulas.

Hicieron que se ponían a ensayar primero en el suelo y que no podían.

—Si es que no sabemos. ¿Por qué no se sube usted y nos dice cómo quiere?

Y mi señora les creyó, y va subiendo a la tabla. Y apenas volvió la cara para hacer la primera pirueta, los chiquillos inclinaron la tabla y la vieja fué a dar, ichupulún! a la olla de agua hirviendo.

Después la sacaron y la enterraron. Registraron la casa y encontraron un gran cuarto lleno de barriles hasta el copete de monedas de oro.

Por su puesto que todo les tocó a ellos.

El Cotonudo

PUES señor, había una vez una viejita que tenía un hijo galanote e inteligente y además bueno y sumiso con ella que parecía una hija mujer. La viejita era muy pobre; lo único que tenía, era una casita en las afueras de la ciudad y sus fuerzas con las que lavaba y planchaba, para ayudar a su hijo a quien se le había metido entre ceja y ceja estudiar para médico. Eso sí, que el pobre tenía que presentarse en la escuela sabe Dios cómo: el vestido hecho un puro remiendo, nada de cuello ni corbata y con la patica en el suelo.

Para ir a la escuela el joven pasaba todos los días frente al palacio del rey y dió la casualidad de que a esa hora se asomaba la hija del rey al balcón. A la princesa le llamó la atención aquel joven tan galán, vestido pobremente, pero tan

limpio que parecía un ajito, con los pies descalzos tan lavados y blancos que daban lástima mirarlos caminar entre los barriales. ¿Adónde iría con sus alforjitas al hombro y sus libros bajo el brazo?

Por fin un día no se aguantó y mandó a una de sus criadas a que lo llamara, y cuando lo oyó hablar con tanta sencillez y facilidad, se enamoró perdidamente del joven. Y desde entonces lo esperaba en el jardín para conversar con él.

El joven también se había enamorado de la princesa, quien era un primor de bonita: con una cabeza que era como ver el sol de rubia y en la que cada hebra parecía un quelite de chayote. Además era buena y noble que no tenía compañera, y ella tan lo mismo trataba al pobre que al rico. Pero el joven se había guardado con candado su enamoramiento, porque ¿en qué cabeza podía caber que una princesa se casara con un chonete como él, que no se calzaba porque no tenía con qué comprar zapatos?

Pero así es el mundo, y la princesa al ver que el muchacho no tenía trazas de decirle: «Tenés los ojos así y la boca asá», dejó a un lado la pena y un día, sin más ni más, le declaró que estaba enamorada de él. Al principio el joven creyó que

era por burlarse, pero al fin acabó por convenirse de que le estaba hablando de deveras.

Entonces le dijo:—Mire, es mejor que no pensemos en esto. Yo soy lo que se llama un arrancado. Es de las cosas que no hay que pensar dos veces y lo mejor que yo puedo hacer es decirle adiós y no volver ni a pasar por esta calle.

Pero la princesa, que también era muy cabezona, se le prendió como una garrapata y acabó por hacerlo aceptar una bolsa llena de oro para que se fuera a tantear fortuna. Ella le juraba esperarlo. El partió a rodar tierras. Un día se embarcó, naufragó el buque en que iba y por un milagro de Dios quedó vivo para contar el cuento.

Hecho un ay de mí! regresó a su país. Su madre lo recibió con gran alegría.

Allá, entre oscuro y claro, se envolvió en un cotón, se puso un gran sombrero, las dos únicas cosas que trajo de su viaje, y fué a pasearse frente al balcón de la princesa para ver si podía entregarle una carta en la que le contaba sus desgracias y la conveniencia de que no lo esperara y se casara con un príncipe. Los que lo encontraban se decían:—¿Quién será ese cotonudo?—Consiguió lo que deseaba, pero la niña mandó a buscarlo y lo convenció de que debía recibir otra bol-

sa de dinero y volver a comenzar. Partió de nuevo a rodar tierras, pero en esta ocasión unos ladrones lo dejaron a buenas noches con cuanto llevaba.

Volvió a su país y otra vez a ponerse el algodón y el gran sombrero y a buscar a la princesa. Los que lo veían se preguntaban:—¿Quién será este cotonudo?—Y la criada de la princesa corrió a avisar a su ama que allí estaba «su cotonudo» y la princesa comprendió.

En esta ocasión fué más difícil el convencerlo de que debía recibir otra bolsa de oro, y la pobre niña tuvo que arrodillarse y llorar para que él la recibiera.

Se fué, se embarcó y por lo que se ve era más torcido que un cacho de venado, porque en una tempestad, el mar se tragó el barco en que iba, y a él lo arrojaron las olas en una isla desierta sin más vestido que aquel con que Nuestro Señor lo echó a este mundo. Cuando volvió en sí, estaba tan desesperado que pensó que lo mejor que podía hacer era ahorcarse, y se puso a buscar unos bejucos resistentes y un palo en que hacerlo. Halló las dos cosas. El árbol estaba a orillas de un río y antes de subir le dieron ganas de beber agua. Al acercarse, vió en el centro de la corriente

a un joven muy galán sentado en una piedra. Le preguntó qué hacía allí, y le contestó que era un príncipe a quien hacía muchos años tenían encantado. El recién llegado quiso saber si no habría medio de desencantarlo y el otro le dijo que sí, pero que era muy difícil hallar quien se comprometiera a ello, porque se necesitaba una persona muy valiente que fuera a sentarse en la piedra que él ocupaba, dispuesta a hacerle frente sin temblar a cuanto viniera. Entonces el Cotonudo reflexionó que era mejor morir tratando de sacar de apuros a un prójimo que ahorcado, y le dijo que él estaba dispuesto a probar si era posible librarlo de semejante situación. Y diciendo y haciendo, se metió en la corriente y obligó al príncipe a dejarle el lugar. Este se sentó en la orilla a aguardar su destino.

De pronto se vió venir una creciente que arrastraba piedras enormes y troncos inmensos. El Cotonudo pensó que hasta allí se la había prestado Dios, se santiguó y esperó tranquilamente que la corriente lo arrastrara. Pero con gran asombro suyo, el agua se apaciguó y vino muy sumisa como un perro a lamerle los pies e inmediatamente el río se secó. Luego vió venir hacia él un tigre muy grande que echaba fuego por los

ojos y le enseñaba los dientes.—Ahora sí que no me escapo—se dijo. Volvió a santiguarse y encomendó, sin asustarse, su alma a Dios. Pero el tigre se acercó, le lamió los pies como el agua, y desapareció entre la montaña. Después fué un toro de aspecto tan temible que hubiera hecho temblar al mismo San Miguel Arcángel, quien no le tuvo miedo ni al Diablo. Pero el muchacho pensó que seguramente pasaría como con la creciente y el tigre, y más bien se rió de los aspavientos del toro, que pasó a su lado cual un huracán, sin causarle el menor daño.

Al punto se oyó un gran estruendo, la piedra en que él estaba sentado dió una vuelta y se vió la entrada de una cueva. El príncipe se acercó, abrazó a su salvador y se arrodilló ante él llorando y le besó las manos. Luego lo llevó a la cueva que estaba llena de talegos de oro, de cajas llenas de brillantes, rubíes y toda clase de piedras preciosas, de conchas que encerraban perlas que parecían botoncitos de rosa.

—Todo esto es nuestro—dijo el príncipe. Un enano, venía cada semana a darme de latigazos y a mortificarme, y me enseñó una vez estos tesoros y burlándose dijo que serían míos el día que hubiera quien me desencantara. Yo le pregunté

por llevarle el corriente, que cómo haría en tal caso para sacarlos, y él me contestó que inmediatamente habría un barco en el puerto, del que yo podría hacer y deshacer.

Se subieron a una altura y desde allí divisaron efectivamente un gran barco en el puerto. Comenzaron a transportar las riquezas y cuando terminaron, se hicieron a la vela. Manos invisibles ejecutaban todos los trabajos que se necesitan en un buque. Así llegaron hasta un puerto del reino del príncipe. Los reyes, sus padres, aún vivían, muy viejitos y siempre pensando en su hijo desaparecido hacía tantos años. El príncipe envió a su amigo a prepararlos. ¿Para qué hablar de la felicidad de los padres? Lo cierto es que no se quedó campana que no repicó, ni grano de pólvora que no estalló, en señal de alegría por el regreso del príncipe a quien todos creían muerto. Los reyes dieron al pueblo todos sus toros y vacas para que los mataran y los asaran en las plazas públicas y sacaron de sus bodegas todo el vino para que el pueblo comiera y bebiera hasta caer sentado. Tres días duró la parranda.

Al Cotonudo lo querían casar con una de las hijas del rey, pero él les contó su compromiso y se despidió. El príncipe le dió un gran barco

cargado con las dos terceras partes del tesoro sacado de la isla, y el rey y la reina una caja de oro que debía abrir en el día de sus bodas.

Por fin partió con las bendiciones de toda aquella gente y al cabo de unos cuantos días de navegar, llegó a su país. Salió del buque de noche para que no lo conocieran. Halló a su madre en la misma casa y hecha un tacaquito de vieja. La pobre ya casi no veía, de tanto llorar por su hijo. ¡Oh felicidad cuando reconoció a su muchacho!

Otro día, entre oscuro y claro, se metió en su algodón, se puso el gran sombrero (ambas cosas las había dejado guardadas en su casa) y se fué a rondar el palacio. Observó que en las calles había mucho movimiento, que el palacio estaba iluminado como para una fiesta, que a cada instante llegaban coches de los que bajaban señoras y caballeros con vestidos resplandecientes. Preguntó la causa de todo aquello y le contestaron que esa noche se casaba la hija del rey. Llamó a un criado y le dió cien pesos porque le llamara la viejita que había chineado a la princesa, quien lo quería mucho, y por supuesto que no se hizo mucho de rogar. Vino la sirvienta y al ver al Cotonudo se puso en un temblor. Lo llevó a

un rincón y le contó que la princesa lo creía muerto, porque habían pasado varios años sin saber noticias suyas y que ahora el rey la obligaba a casarse con un príncipe muy viejo y más feo que un golpe en la espinilla. Le rogó que esperara allí un momento y corrió a avisar a su ama. A pesar de la emoción que le causó esta noticia, la princesa no se atarantó y dijo a su criada que por un pasadizo que sólo ellas conocían, lo llevara a la capilla y lo escondiera detrás de unas cortinas que estaban cerca del altar.

Por fin entraron los novios y los convidados a la capilla. El Cotonudo, que no tembló ante la creciente ni ante el tigre ni el toro, no se podía sostener al ver a su princesa tan linda, que parecía una luna nueva con su vestido de novia. ¡Y qué feo y qué viejo era el hombre que se la quería quitar!

El señor obispo se acercó a los que se iban a desposar. Cuando preguntó a la niña: «¿Recibe por esposo y marido al príncipe don Fulano de Tal?—ella dió media vuelta, apartó la cortina, sacó a su Cotonudo y con voz muy clara dijo:—No, señor, al que recibo es a éste.—Y el señor obispo se vió obligado a echarles la bendición. Por supuesto, que aquello fué levantar un polvorín: la

reina cayó con un ataque y el rey se puso como agua para chocolate, mandó que la cocinera trajera su vestido más tiznado y ordenó a su hija que se lo pusiera. Luego los echó puerta afuera. En ese momento pasaba un carbonero con su borriquito cargado de carbón que iba a vender a la próxima ciudad, porque otro día era allí el día de mercado y para llegar a tiempo tenía que salir a media noche. El rey hizo que quitaran al pobre hombre su borrico y sobre los sacos obligó a la princesa que montara. Hecho esto, se metió en su palacio y les tiró la puerta encima.

El Cotonudo con mucha cachaza, se aguantó todo aquello. Comenzó a arriar la bestia que llevaba a su mujer encima y a abrirse paso como podía entre la gente que los seguía burlándose y poniéndolos como un chuica.

Tomaron el camino del puerto con aquel molote de gente que no los desamparaba y que no se cansaba de gritar: — ¡La princesa se ha vuelto loca! ¡Achará la princesa que se fué a casar con ese Cotonudo! ¡Siempre el peor chancho se lleva la mejor mazorca!

El Cotonudo se hacía el tonto y como si no fuera con él, trun, trun, arriando el borrico.

Pero, cuál fué la admiración de todos al verlo

entrar en el muelle, detenerse frente a aquel hermoso barco, el más grande y hermoso que hasta entonces no llegara a este país y tocar en un pito a cuyo sonido salió toda la tripulación apresuradamente. Bajó el capitán con el sombrero en la mano y saludó al Cotonudo de un modo que casi se le quiebra el espinazo. Le dijo éste unas palabras al oído, subió el otro al barco en una estam-pida, formó la tripulación en dos filas, todos los cañones comenzaron a disparar y la banda del barco a tocar la pieza más alegre que sabía. Entonces el Cotonudo bajó a su esposa, y sacó de entre su algodón un gran bolsillo lleno de monedas de oro y lo entregó al pobre carbonero que lo había seguido pie a pie, con la cara más triste que un Viernes Santo. Luego le dió unas palmaditas al burro y lo devolvió a su dueño.

Entretanto, la gente no volvió a chistar y todos no hacían más que abrir los ojos lo más que podían.

La princesa estaba también sin saber qué pensar. Su marido la cogió de la mano y subió al barco entre las dos filas de marineros que tenían la cabeza inclinada como si fuera pasando nuestro Amo. Cuando estuvieron arriba, todos tiraron sus gorras por los aires y gritaron: ¡Que vivan el Cotonudo y su esposa!

El Cotonudo llevó a su mujer a un salón tan lujoso, que la princesa, con ser princesa, nunca ni se lo había imaginado. Allí estaba la caja de oro que los reyes, padres de su amigo, le habían dado para que abriera el día de sus bodas. La abrieron y dentro de ella había dos vestidos como para un rey y una reina, pero tan maravillosos que la princesa abrió su boquita de par en par y no dijo ni tus ni mus.

Así que se vistieron, salieron para montar en una carroza de oro y plata que habían sacado del barco, tirada por ocho caballos a cual más coquetón.

Las gentes, al verlos, gritaban: ¡Son el sol y la luna! ¡La princesa se ha casado con el rey más hermoso de la tierra! ¡Hizo bien la princesa en no casarse con aquel viejo que no es más que el cascarón! ¡Este sí que es ñeque!

Montaron en la carroza y fueron por la viejecita madre del Cotonudo, que estaba en vela esperando a su hijo. Cuando vió todo aquello, creyó que se había quedado dormida en la silla y que soñaba. ¡Cómo iba a ser que este hermoso señor vestido de oro, y casado con la hija del rey, fuera su hijo, quien salió temprano de la noche, envuelto en su algodón?

—¡Las cosas que sueña uno!, se decía. Y se metía pellizquitos ella misma y se preguntaba:— ¿a qué hora voy a despertar?

Volvieron al barco y a poco llegaron unos amigos del rey, quien ya había tenido noticias de las maravillas que estaban ocurriendo. El Cotonudo envió a sus suegros un cofrecito lleno de joyas tan bellas y ricas, que el rey también tuvo que abrir la boca y la reina volver de su ataque. Y sin esperar segundas razones, se fueron para el barco y así que hubieron visto y metido las manos entre todos los tesoros que contenía, agarraron a su yerno a abrazos y besos y desde ese día andaban con él, ¿Santo, dónde te pondré?

Entretanto la princesa no hacía más que consentir a la viejecita su suegra, la que se imaginaba que mientras dormía había muerto, que ahora estaba en el cielo y que un ángel la cuidaba.

Después los recién casados, mientras les construían un palacio, fueron en su barco a visitar a los reyes amigos.

Y fueron muy felices y tuvieron muchos hijos y yo fuí y vine y no me dieron nada.

La Negra y la Rubia

HABÍA una vez un hombre rico que se ocupaba en el comercio. Quedó viudo con una hija y esta hija era una niña muy linda: parecía una machita por lo rubia y lo blanca que la había hecho Nuestro Señor. Además, tenía unos ojos que era como ver dos rodajitas que se le hubieran sacado al cielo. Y sobre todo, sangrita ligera y buena que daba gusto.

El hombre era ambicioso y no contento con lo que tenía, se casó de nuevo con una vieja birringa, una mujer viuda también, a quien él creía muy rica. Después de casado se convenció de que lo de los bienes de su mujer eran más hojas que almuerzo, de que tenía un genio que sólo su madre la podía aguantar y para aliviar los males, se tenía una hija fea como toditica la trampa, negra,

ñata, trompuda, con el pelo pasuso y de ribete mala y malcriada como ella sola y la muy tonta se creía una imagen.

Por supuesto, que para la Rubia, entrar en esta casa fué como entrar al infierno. Ella era el tropezón de la madre y de la hija. Las dos eran muy ruines: por la menor cosa allá te va el pescozón de la vieja y el moquete o el pellizco de la Negra. Y como el padre andaba siempre viajando por sus negocios, la tenían soterrada en la cocina, mientras ellas estaban en la sala meciéndose en las poltronas. La pobrecita era sufrida y nunca decía ni esta boca es mía.

Un domingo en la tarde se fueron la madre y la hija a pasear y dejaron a la Rubia arreglando la cocina. Así que lo tuvo todo limpio y en su lugar, se lavó, se peinó, se puso su vestidito de coger misa y se fué a dar vueltas por el jardín de la casa. De pronto vió entre la hierba una muñequita de porcelana.

--¡Qué muñequita más linda!--dijo, y la levantó, le arrancó los terroncillos que tenía entre el pelo y se fué adentro muy contenta a hacerle un vestido. Desde ese día, apenas la dejaban sola, sacaba de su cofre la muñeca y se ponía a jugar.

Al domingo siguiente se fueron la madre y la hija para misa y dejaron a la Rubia moliendo. Estaba ella en esto, cuando al volver a la piedra de poner una tortilla a asar en el rescoldo, vió sentada sobre la pelota de masa a su muñequita.

Muy admirada la cogió, la limpió y la fué a guardar a su cofre y siguió moliendo, pero mientras fué a volver la tortilla al comal, vino de nuevo la muñeca a acomodarse sobre la pelota de masa.

—Mirá, muñequita, no seás tan guindada—dijo la niña, y la quiso coger para llevarla a su lugar, pero la muñeca se transformó en una señora muy linda, vestida de celeste, con una corona de luz sobre la cabeza y parada en una nube.

—Yo no soy una muñeca—dijo la señora—sino la Virgen.

La niña se arrodilló, pero Nuestra Señora la levantó y sin hacer melindres, se fué a sentar en el taburete de cuero esfondado, que era el único asiento que permitían a la Rubia. Luego la cogió en su regazo y se puso a hacerle cariño.

—Mirá, mi hijita—dijo la Virgen—tu padre va a hacer un viaje por ai abajo y te va a preguntar qué querés que te traiga. Vos le vas a con-

testar que una arquita como para los pañuelos y otras menudencias. Cuando te la traiga, guardarás en ella la muñequita.

Luego la Virgen besó a la niña, desapareció y en su lugar quedó la muñeca.

Otro día llegó el papá preguntándole qué deseaba que le trajese de un viaje que iba a hacer y su hija le respondió lo que la Virgen le aconsejara.

La Negra pidió a su padrastro un traje nunca visto, un sombrero nunca visto y unas zapatillas nunca vistas.

Volvió éste de su viaje y cada una tuvo lo que deseaba.

La Negra no hacía otra cosa en todo el santo día que ponerse el traje, el sombrero y las zapatillas y dar paseos frente al espejo.

A veces llamaba a la Rubia como para hacerle la boca agua con sus sedas, encajes y plumas.

Por fin llegó el domingo, día del estreno del vestido y desde buena mañana despertó a todo el mundo para que la ayudaran.

La pobre niña Rubia hasta que veía el chispero: corre de aquí, corre de allá con los polvos, el colorete, las cintas de apretar el corsé, que esto, que lo otro, que aquí, que allá...

Por fin salió para misa de Tropa, chiqueándose que era un contento, y la seda del vestido hacía tal ruido, que las gallinas que picoteaban en la calle, y los perros salían corriendo. Cuando entró en la Catedral, todo el mundo, hasta los soldados y los músicos de banda, volvieron a ver qué significaba aquel ruido que parecía una creciente. Además, la iglesia se llenó de olor a Agua Florida, en la que se había bañado.

Entre tanto, la niña se quedó en su cocina en pleitos con la leña que estaba verde y humeaba tanto que la pobre tenía los ojos como dos tomates. De pronto, ve sobre la piedra su muñequita.

—¿Qué querés, muñequita?—le dijo.

La muñeca respondió:—Quiero que vayas a misa de Tropa, pero eso sí, no levantés los ojos del suelo.

—Pero muñequita, ¿cómo querés que vaya en esta figura? Yo no me presento así en la Casa de Dios. Ya sabés que mi vestido de los domingos me lo hizo pedazos la Negra un día que estaba de luna.

—Andá a tu arquita y verás—contestó la muñeca.—Y no pensés en la molida ni en el almuerzo, que yo me encargo de eso.

La niña fué a su arca y cuál fué su admiración

al ver salir de ella un traje como las espumas de una catarata cuando hace luna, todo sembrado de maripositas de oro, unos zapatitos de raso, también blancos, y un sombrero maravilloso. En un abrir y cerrar de ojos estuvo vestida y salió corriendo para misa, porque ya dejaban. En la puerta la estaba esperando un coche muy bueno. Al entrar a la Catedral lo hizo en puntillas para no llamar la atención, pero la iglesia se llenó de un perfume de rosas y todo el mundo volvía los ojos y quedaba encantado al ver aquella blanca figurita.

Acertó la niña a arrodillarse frente a la Negra y su madre, quienes se quedaron como viendo visiones al contemplar a aquella linda criatura que se les daba un aire a su víctima. Y la Negra no la dejó oír la misa con devoción, porque le tocó la tela del vestido, las maripositas de oro; le preguntó quién se lo había hecho y también, cada rato, como era medio arrevesada y tataretas para hablar, le decía:—«Ni... ni niña, ni... niña, hagámoslos comales». Con lo que le quería decir:—«Niña, niña, hagámonos comadres». Pero la niña no levantó siquiera los ojos del suelo.

Apenas echó el padre la bendición, salió la niña corriendo. El hijo del rey que la había visto

entrar y que no le quitó los ojos de encima en toda la misa porque lo tenía encantado, salió corriendo tras ella y quiso hablarle, pero ella dejó caer su pañuelito y el hijo del rey casi se desnariza por juntarlo; pero mientras él estaba en esa diligencia, la niña se escabulló, se metió en su coche, que desapareció en un decir amén. Y cuando él fué a buscar, ¡si otro ponés!

Cuando la madrastra y la Negra volvieron de misa, ya la Rubia estaba con su traje tiznado, sopla y sopla el fuego.

Al siguiente domingo, la Negra no fué a misa de Tropa, por lucir su vestido en misa de Doce. Y otra vez puso a su hermana corre de aquí y corre de allá.—Que alcanzame esto, que llevate aquello, que así no, que yo lo quiero asá. Y casi no dejaba a la pobre tentar tierra. Y va entrando a misa, picándola de gran pelota y dejando detrás de ella una hedentina a Agua Florida.

A la niña volvió a aparecérselle la muñequita, quien la mandó a misa. Entre el arca había un vestido que era como ver un celaje dorado, todito lleno de perlas. A la puerta la esperaba el mismo coche y llegó cuando salía el padre al altar. Como el domingo anterior, toda la iglesia se llenó de un olor a rosas y la gente ni oyó la misa con

devoción por estarla mirando. Y la Negra no fué cuento, sino que se levantó de donde estaba y se le fué a acomodar a la par. Y otra vez con su necesidad de:—«Ni... ni niña, ni... niña, hagámo-los comales—» y toca aquí y tienta allá. Bueno, que ya la niña no hallaba qué hacer.

El hijo del rey, que había recorrido ese día todas las iglesias desde buena mañana, para ver dónde daba con ella, se le puso al frente y no le quitó la vista de encima. Pero la niña no levantó sus ojos del suelo y si no hubiera sido porque de cuando en cuando daba su pestañada, se la hubiera tomado por una imagen.

Apenas el padre echó la bendición, salió la Rubia corriendo y el hijo del rey se le puso atrás.

Al llegar al coche ya la alcanzaba. Entonces ella dejó caer un ramito de flores que llevaba en la mano. El otro por sácalas, se puso a juntarlas y mientras tanto el coche se las chifló.

La madre y la Negra llegaron y encontraron a la muchacha atizando el fuego. La negra se puso a meterle mil birutas:—Que desde el domingo anterior se había hecho íntima amiga de una muchita preciosa que usaba unos vestidos junto a los cuales el suyo era una cochinadilla cualquiera; y que la tenía requeteconvidada para ir a pa-

sear; y que si Dios quería, cuando ella se casara iban a ser comadres, porque estaba en sus cinco en que le llevaría los chiquitos a la pila, y que se los llevaría porque se los llevaría.

Madre e hija no se apearon a la machita de la boca en todo el santo día.— La machita arriba, la machita abajo—. Y la niña hacía como que se las compraba y la muy zorrita oía sin chistar.

Al domingo siguiente, vuelta otra vez la Negra a encajarse su vestido nunca visto y a poner a su hermana al volador. Por fin salió con su madre para misa de Doce.

En el arca hubo esta vez para la Rubia un vestido de un color como el del cielo cuando está amaneciendo, todo lleno de brillantes, que parecía que taticó Dios se lo había esperjeado de agua.

Y todo pasó como en los otros domingos. Pero esta vez el hijo del rey no fué tonto y por más que ella dejó caer su pañuelito de seda, una sortija y una flor, él no quiso perder tiempo en levantar estas cosas y dejó que otro fuera el bueno con ellas. Sin acordarse de que era el hijo del rey, se acomodó en la trasera del coche y así dió con la casa en que vivía la niña.

Desde ese momento no hizo más que estar para arriba y para abajo en la acera y cuando pasaba

frente a la casa, parecía que se quería meter.

La Negra donde lo pilló en ésas, creyó que era con ella la cosa, y sacó una poltrona a la puerta y se sentó a mecerse. Y por temor de que su hermana fuera a asomarse, la escondió en la cocina debajo de una gran olla. Cada vez que pasaba el joven, ella pegaba un suspiro o le hacía ojitos.

En una estaca clavada en el marco de la puerta, tenían una lora muy habladora. Seguramente la Virgen la aconsejó, porque en una de las pasadas que dió el príncipe, la lora se puso a gritar:

«La niña la linda debajo de una olla,
la Negra feroza se quiere casar».

Y cada vez que el otro pasaba hacía la misma. En una de tantas, se detuvo. La Negra se puso como una chira y con el corazón que se le salía. Ella juraba que ya le iba a declarar su amor. Pero el príncipe iba en són de preguntar lo que decía la lora, para ver si podía figonear dentro de la casa. La Negra entonces agarró la lora por el pescuezo y casi la ahorca. Se la llevó para dentro y le dijo al joven que no le hiciera caso. Pero la lora iba para adentro grita y grita:

«La niña la linda debajo de una olla,
la Negra feroza se quiere casar».

Al hijo del rey le llamó la atención lo que decía el animal y se fué yendo detrás de la Negra y no se anduvo por las ramas, sino que llegó hasta la cocina. Allí vió una gran olla y al acercarse le pareció oír como unos sollozos. Levantó la olla y se va encontrando con la pobre niña, todita tiznada y haciendo cucharas.

Le propuso allí mismo matrimonio, pero ella quiso antes ir a consultar con su muñequita. Se fué para su cuarto, sacó la arquita y preguntó a su consejera. Ésta le dijo que aceptara, pero que eso sí, no debía alzar a ver al príncipe sino hasta que el padre les echara la bendición, y que si no hacía así, contara con que moriría soltera.

Volvió ella con sus ojos bajos y contestó al joven que sí sería su esposa.

Sin hacer caso de los gritos de la madre y de la hija, la cogió y la llevó al palacio. En el camino le decía:

—Niña, levante sus ojos y míreme.

—¡Pero ella por sapa los iba a levantar!

Llegaron al palacio y el joven contó a sus padres lo que pasaba, y que si no lo dejaban casarse, se dejaría morir de hambre.

Como era el único hijo, lo tenían muy consentido y nunca le negaban nada y aunque a la reina

no le acomodaba mucho aquella nuera tan tiznada y remendada, dijeron que bueno, que se casara. En esto llegó un joven (que aquí para nos era un ángel) con la arquita y se la entregó a la niña. Esta se encerró y se plantó bien con un vestido mejor que los otros y por supuesto, los reyes, al verla, quedaron encantados.

El casamiento se hizo a los pocos días. La Virgen bajó a servir de madrina. Apenas el padre les echó la bendición, la niña levantó sus ojos para mirar a su marido, para quien aquello fué como si le hubieran metido dos cielos entre el alma.

Como la niña era muy buen corazón, mandó por la Negra y la trató con tanto cariño, que se puso un poquito más amable. Uno de los señores que servían al rey, por quedar bien, se casó con ella. Dicen que no le fué muy bien y que muy a menudo andaba con las penas derramadas.

Pero el príncipe y la niña fueron muy felices, tuvieron una catizumba de hijos y llegaron a viejiticos.

Primero murió ella y la Virgen se la llevó. Cuando iba para el cielo, su marido oyó su voz que decía:

Adiós, esposo mío,
que en el cielo nos veremos.

Y de veras, cuando él murió se fué para el cielo y se sentó a cantarle a la Virgen en una silla que le tenían lista al lado de la de su esposa.

Uvieta

PUES señor, había una vez un viejito muy pobre que vivía solo íngrimo en su casita, y se llamaba Uvieta. Un día le entró el repente de irse a rodar tierras, y diciendo y haciendo, se fué a la panadería y compró en pan el único diez que le bailaba en la bolsa. Entonces daban tamaños bollos a tres por diez y de un pan que no era una coyunda como el de ahora, que hasta que le duelen a uno las quijadas cuando lo come, sino tostadito por fuera y esponjado por dentro.

Volvió a su casa y se puso a acomodar sus tarantines, cuando tun, tun, la puerta. Fué a ver quién era y se encontró con un viejítico tembeleques y vuelto una calamidad. El viejito le pidió una limosnita y él le dió uno de sus bollos.

Se fué a acomodar los otros dos bollos en sus

alforjitas, cuando otra vez, tun, tun, la puerta. Abrió y era una viejita toda tullenca y con cara de estar en ayunas. Le pidió una limosna y él le dió otro bollo.

Dió una vuelta por la casa, se echó las alforjas al hombro y ya iba para afuera, cuando otra vez, tun, tun, la puerta.

Esta vez era un chiquito, con la cara chorriada, sucio y con el vestido hecho tasajos, y flaco como una lombriz. No le quedó más remedio que darle el último bollo.—¡Qué caray! A nadie le falta Dios.

Y ya sin bastimento, cogió el camino y se fué a rodar tierras.

Allá al mucho andar, encontró una quebrada.

El pobre Uvieta tenía una hambre que se la mandaba Dios Padre, pero como no llevaba que comer, se fué a la quebrada a engañar la tripa echándole agua. En eso se le apareció el viejito que le fué a pedir limosna y le dijo:—Uvieta, que manda a decir Nuestro Señor, que qué querés, que le pidás cuanto se te antoje. El está muy agradecido con vos porque nos socorríste; porque mirá, Uvieta, los que fuimos a pedirte limosna éramos las Tres Divinas Personas: Jesús, María y José. Yo soy José. ¡Conque decí vos! ¡Cómo

estarán por Allá con vos! Si se pasan con que Uvieta arriba, Uvieta abajo, Uvieta por aquí y Uvieta por allá.

Uvieta se puso a pensar qué cosa pediría y al fin dijo:—Pues andá decile que me mande un saco, pero no un saco cualquiera, sino un saco donde vayan a parar las cosas que yo deseo.

San José salió como un cachiflín para el Cielo y a poco estuvo de vuelta con el saco.

Uvieta se lo echó al hombro. En esto iba pasando una mujer con una batea llena de quesadillas, en la cabeza.

Uvieta dijo:—Vengan esas quesadillas a mi saco.

Y las quesadillas vinieron a parar al saco de Uvieta, quien se sentó junto a una cerca y se las zampó en un momento y todavía se quedó buscando.

Volvió a coger el camino y allá al mucho andar, se encontró con la viejita que le había pedido limosna. La viejita le dijo:—Uvieta, que manda a decir Nuestro Señor, mi Hijo, que si te se ofrece algo, se lo pidás.

Uvieta no era nada ambicioso y contestó:—No, Mariquita, dígale que muchas gracias, con el saco tengo. Panza llena, corazón contento. ¿Qué más quiero?

La Virgen se puso a suplicarle:—¡Jesús, Uvieta, no seas malagradecido! No me desprecies a mí. ¡Ajá, a José si pudiste pedirle, y a mí que me muerda un perro!

Entonces a Uvieta le pareció muy feo despreciar a Nuestra Señora y le dijo:—Pues bueno: como yo me llamo Uvieta, que me siembre allá en casa un palito de uvas y que quien se suba a él no se pueda apearse sin mi permiso.

La Virgen le contestó que ya lo podía dar por hecho y se despidió de Uvieta.

Este siguió su camino y encontró otra quebrada. Le dieron ganas de beber agua y se acercó. En la corriente vió pasar unos pececitos muy gordos. Como tenía hambre, dijo:—Vengan estos peces ya compuesticos en salsa a mi saco.—Y de veras, el saco se llenó de pescados compuestos en una salsa tan rica, que era cosa de reventar comiéndolos.

Después siguió su camino y le salió un viejito que le dijo:—Uvieta, que manda a decir Nuestro Señor que si te se ofrece algo. El no viene en persona, porque no es conveniente, vos ves... ¡Al fin El es Quien es! ¿Qué parecido que El tuviera que repicar y andar la procesión?

—Yo no quiero nada—respondió Uvieta.

—¡No seas sapance, hombre! pedí, que en la Gloria andan con vos ten que ten. No te andés con que te da pena y pedí lo que se te antoje, que bien lo merecés.

—¡Ay, qué santico este más pelotero!—pensó Uvieta y quería seguir su camino, pero el otro detrás con su necedad y por quitarse aquel sinapismo de encima, le dijo Uvieta:— ¡Ave María! ¡Tántas aquellas por unos bollos de pan! Bueno, pues decile a Nuestro Señor que lo que deseo es que me deje morirme a la hora que a mí me de la gana.

Pero no siguió adelante, porque quiso ir a ver si de veras le habían sembrado el palito de uva, y se devolvió.

Anda y anda hasta que llegó, y no era mentira: allí en el solarcito estaba el palo de uva que daba gusto. Al verlo, Uvieta se puso que no cabía en los calzones de la contentera.

Bueno, pasaron los días y Uvieta vuelto turumba con su palo de uvas. Y nadie le cachaba. Ya todo el mundo sabía que el que se encaramaba en el palo de uva, no podía bajar sin permiso de Uvieta.

Un día pensó Nuestra Señor:— ¡Qué engreidito que está Uvieta con su palo de uva! Pues des-

pués de un gustazo, un trancazo.—Y Tatica Dios llamó a la Muerte y le dijo:—Andá jalámele el mecate a aquel cristiano, quien ya ni se acuerda de que hay Dios en los Cielos por estar pensando en su palo de uvas.

Y la Muerte, que es muy sácalas con Tatica Dios, bajó en una estampida. Llegó donde Uvieta y tocó la puerta. Salió el otro y se va encontrando con mi señora. Pero no se dió por medio menos y como si la viera todos los días, le dijo:

—¡Adiós trabajos! ¿y eso que anda haciendo, comadrita?

—Pues que me manda Nuestro Señor por vos.

—¿Ideai, pues no quedamos en que yo me iría para el otro lado cuando a mí me diera la gana?

—No sé, no sé,—contestó la Muerte.—Donde manda capitán no manda marinero.

—¡Ay! Como no se le vaya a volver la venada careta a Nuestro Señor—pensó Uvieta.

—Bueno, comadrita, pase adelante y se sienta mientras voy a doblar los petates.

La Muerte entró y Uvieta la sentó de modo que viera para el palo de uva que estaba que se venía abajo de uvas. La Muerte al verlo no pudo menos que decir:—¡Qué hermosura, Uvieta!

Y el confisgado de Uvieta que se hacía el que

estaba doblando los petates, le respondió:—¿Por qué no se sube, comadrita, y come hasta que no le quepan?

La otra no se hizo del rogar y se encaramó.

Verla arriba Uvieta y comenzar a carcajearse como un descosido, fué uno.

—Lo que el sapo se quería, comadrita,—le gritó. —A ver si se apea de allí hasta que a mí me dé mi regalada gana.

La Muerte quería bajar, pero no podía, y allí se estuvo y fueron pasando los años y nadie se moría. Ya la gente no cabía en la tierra, y los viejos caducando andaban dundos por todas partes y Nuestro Señor como agua para chocolate con Uvieta, y recados van y recados vienen: hoy mandaba al gigantón de San Cristóbal, mañana a San Luis rey, pasado mañana a San Miguel Arcángel con así espada:—Que Uvieta, que manda a decir nuestro Señor que dejés apearse a la Muerte del palo de uva, que si no vas a ver la que te va a pasar.

Y otro día:—Uvieta, que dice Nuestro Señor que por vida tuyita, dejés apearse a la Muerte del palo de uva.

Y otro día:—Uvieta, que dice Nuestro Señor que no te vas a quedar riendo, que vas a ver.

Pero él por un oído le entraba y por otro le salía. Y Uvieta decía:—¡Ah sí, por sapo que la dejó apearse!

Por fin Tatica Dios le mandó a decir que dejara bajar a la Muerte y que le prometía que a él no se lo llevaría.

Entonces Uvieta dejó bajar a la Muerte, quien subió escupida a ponerse a las órdenes de Dios.

Pero Nuestro Señor no había quedado nada cómodo con Uvieta y mandó al diablo por él.

Llegó el diablo y tocó la puerta:—Upe, Uvieta. El preguntó de adentro:—¿Quién es?

Y el otro por broma le contestó:—La vieja Inés con las patas al revés.

Pero a Uvieta le sonó muy feo aquella voz: era como si hablaran entre un barril y al mismo tiempo reventaran triquitraques. Se asomó por el hueco de la cerradura y al ver al diablo se quedó chiquitico.

—¡Ni por la jurisca! ¡Si es el Malo! ¡Seguro que lo mandan por mí, por lo que le hice a la Muerte, ni más ni menos! ¿Ahora qué hago?

Pero en esto se le ocurrió una idea y corrió a su baúl, sacó su saco, abrió la puerta y sin dejar chistar al otro, dijo:—¡Al saco el diablo!

Y cuando el Pistuicas se percató estaba entre el saco de Uvieta.

—¡Ahora sí, tío Coles—le gritó Uvieta—vas a ver la que te vas a sacar por andar de cucharilla!

El demonio se puso a meterle una larga y otra corta, pero Uvieta le dijo: ¡Ah! sí. ¡Que te la crea pizote! Y cogió un palo y le arrió sin misericordia, hasta que lo hizo polvo.

A los gritos tuvo que mandar Nuestro Señor a ver qué pasaba. Cuando lo supo, prometió a Uvieta que si dejaba de pegar al diablo, a él nada le pasaría. Uvieta dejó de dar y Nuestro Señor se vió a palitos para volver a hacer al diablo de aquel montón de polvo.

Y el Patas salió que se quebraba para el infierno.

Ya Nuestro Señor estaba a jarros con Uvieta y mandó otra vez a la Muerte:—que no se anduviera con contumerias, ni se dejara meter con-versona.—Agarralo ojalá dormido y me lo traes. Mirá que si otra vez te dejás engañar, quedás en los petates conmigo.

A la Muerte le entró vergüenza y siguiendo los consejos de Nuestro Amo, bajó de noche y cuando Uvieta estaba bien privado, lo cogió de las mechas, arrió con él para el otro mundo y lo

dejó en la puerta de la Gloria, para que allí hicieran con él lo que les diera la gana.

Cuando San Pedro abrió la puerta por la mañana, se va encontrando con mi señor de clucas cerca de la puerta y como con abejón en el buche.

San Pedro le preguntó quién era, y al oír que Uvieta, le hizo la cruz. Si no hubiera estado en aquel sagrado lugar, le hubiera dicho:—¡Te me vas de aquí, puñetero! Pero como estaba, y además él es un santo muy comedido, le dijo:—¡Te me vas de aquí, que bastante le has regado las bilis a Nuestro Señor!

—¿Y para dónde cojo?

—¿Para dónde?—Pues para el infierno, pero es ya, con el ya.

Uvieta cogió el camino del infierno. El diablo se estaba paseando por el corredor. Ver a Uvieta y salir despavorido para dentro, fué uno. Además atrancó bien la puerta y llamó a todos los diablos para que trajeran cuanto chunche encontraran y lo pusieran contra la puerta, porque allí estaba Uvieta, el hombre que lo había hecho polvo.

Uvieta llegó y llamó como antes usaban llamar las gentes cuando llegaban a una casa:—¡Ave María Purísima! ¡Ave María Purísima!—Por su-

puesto que al oír esto, los demonios se pusieron como si les mentaran la mama.

Y allí estuvo el otro como tres días, dándole a la puerta y:— ¡Ave María Purísima! ¡Ave María Purísima!

Como no le abrían, se devolvió. Cuando iba pasando frente a la puerta del Cielo, le dijo San Pedro:—¿Ideai, Uvieta, todavía andás pajareando?

—Ideai, ¿qué quiere que haga? Allí estoy hace tres días dándole a aquella puerta y no me abren.

—¿Y eso qué será? ¿Cómo llamás vos?

—¿Yo? pues: ¡Ave María Purísima! ¡Ave María Purísima!

La Virgen estaba en el patio dando de comer a unas gallinitas que le habían regalado, con el pico y las patitas de oro y que ponían huevos de oro. Cuando oyó decir: «¡Ave María Purísima! ¡Ave María Purísima!» se asomó creyendo que la llamaban.

Al ver a Uvieta se puso muy contenta.

—¿Qué hace Dios de esa vida, Uvieta? Entre para dentro.

San Pedro no se atrevió a contradecir a María Santísima y Uvieta se metió muy orondo a la Gloria y yo me meto por un huequito y me salgo por otro para que ustedes me cuenten otro.

Por qué tío Conejo tiene las orejas tan largas

PUES señor, un día se le va antojando a tío Conejo tener una estatura mayor, y le habló a un zopilote para que lo llevara a las nubes en busca de Tatica Dios.

Tío Conejo llegó a la presencia de Nuestro Señor, que por dicha ese día estaba de buenas, y le dijo que él deseaba ser más grande, que era una gran vaina ser tan chiquillo porque todos se lo querían comer, y que por aquí y por allá.

Tatica Dios le contestó: —Bueno, hombré, pero eso sí, traeme un pellejo de león, otro de tigre y otro de lagarto: pero vos mismo los has de matar.

Tío Conejo no esperó segundas razones y sin decir adiós a Nuestro Señor, se encajó en el zo-

pilote y volvió a la Tierra. Lo primero que hizo fué atisbar a tío Tigre y en un medio día que estaba echando una siesta, llegó quebrándose y gritando como loco: ¡La Santísima Trinidad! ¡Ave María, Gracia Plena! ¡Los Tres Dulcísimos Nombres!

A la bulla se recordó tío Tigre y lleno de miedo, le gritó:—¿Qu'es la cosa, hombré?

—¡Tío Tigre de Dios, ni me pregunte! ¿Qué le parece? que ai no masito viene un huracán. Por vida suya, amárreme con estos bejuquitos para que no me lleve.—Y daba vueltas y corría de aquí y corría de allá.

A tío Tigre se le fué el cuajo a los talones.

—¡No diga eso, tío Conejo! ¿Y ahora qué hago yo? ¿No habrá por ai con qué amarrarme a mí?

Tío Conejo tenía ya unos bejucos muy resistentes, listos debajo de las hojas, y dijo haciéndose de las nuevas:

—Pues aquí hay unos bejuquillos, si quiere... La cosa es que quién sabe para que pueda amarrarlo, porque tengo las manos en un temblor.

Tío Tigre le dijo:—Tantee, tío Conejo, tantee.

Y tío Conejo, que era nonis para hacer nudos, lo dejó bien reatado a un palo y cuando lo tuvo así, comenzó a tirarle pedradas; luego que lo vió

más del otro lado que de éste, se acercó con un palo y acabó de salir de él. Ya muerto lo desamarró y con su cuchillo le quitó la piel, que dejó al sol para que se oreara.

Luego se puso a cavilar cómo conseguiría la piel del león.

El sabía que había un pumita que estaba haciendo torerías en una hacienda de ganado.

Entonces se fué adonde el dueño y le dijo:—Mire, ñor Hombre, ¿quiere que hagamos un trato?

—Vamos a ver, ¿qué es la cosa?—le contestó.

—Vea, ¿quiere que salgamos de mano Leoncito?

El hombre se rió y dijo:—Ideai, ¿y cómo vas a hacer, vos tan chiquitillo?

—Ai verá. Deme su palabra de que me ayudará, así que esté muerto, en lo que yo le pida, y le prometo que de aquí a diez días no tendrá ese tequio encima.

Tío Conejo se lo llevó a un sitio en donde había un hoyo en forma de embudo, bastante hondo, arenoso y con las paredes lisas. El que caía allí tenía que perder las esperanzas de salir si no había quien le ayudara. Tío Conejo hizo al hombre cortar ramazones y tapar la abertura del hueco y darle la apariencia del suelo cubierto de

hojas. Después le aconsejó que en la pura orilla atara un ternero bien gordo y él corrió en busca del león.

Cuando dió con él, le gritó:—Mano León de Dios, andaba en busca suya. ¡Viera qué almuer-cillo más ñeque le tengo! Póngaseme atrás y verá.

Mano León de veras lo siguió y tío Conejo hizo que llegaran al lugar de modo que el otro tuviera que pasar por el hueco. Por supuesto, que poner los pies sobre las ramazones y salir rodando, fué uno. A los ocho días el pobre mano León murió de hambre. Tío Conejo fué en busca del hombre para que le ayudara a sacarlo, y cuando lo tuvo fuera, le arrancó la piel con su cuchillo, la extendió al sol y la dejó oreándose al lado de la del tigre.

Le faltaba la del lagarto.

Sabía que éste era muy parrandero y en una noche de luna cogió su guitarrita y se fué a cantar a la orilla del río y a echar güipipías.

Mano Lagarto fué saliendo y le preguntó:—Hombré, ¿por qué estás tan alegre?

Tío Conejo le contestó:— ¡Cómo quiere que no esté alegre, si voy para un baile donde hay cuatro muchachas!... (Tío Conejo se llevó la mano a la boca y se besó la punta de los dedos).

—No digás, hombré, no digás. ¿Y eso dónde es?

—Por ai, por ai. — Y tío Conejo hizo que seguía adelante.

Mano Lagarto le dijo:—¿Por qué no me llevás, compadrito?

—A mí no me gusta andar con aretes—le respondió tío Conejo.

—Sí, hombré, llevame, no te hagás del rogar.

—Bueno, ¡qué caray! ¡Pero, eso sí, cuidado con la cuenta! ¡Cuidado con ir a hacer una que no sirve!

El otro le dió mil juramentos y se pusieron en camino. Pero tío Conejo se hizo el renco y mano Lagarto le propuso que se le subiera encima. tío Conejo se encaramó sobre mano Lagarto, y a poco andar le dió con toda alma un garrotazo en la cabeza con un guayacancito que traía escondido. Pero no tuvo buena puntería y apenas lo dejó atarantado. Tío Conejo se las mandó cambiar y mano Lagarto pasó varios días sin poder ver el sol claro.

Tío Conejo no hacía más que tratarse mal él mismo:

—¡Ah gran chambón! ¡Achará! ¡Lo que es otra como esa no te se presenta!

Pero no se dió por vencido y se fué a buscar

una lora que vivía cerca del río donde habitaba mano Lagarto. Se aconsejó con ella para que a la tardecita, cuando él pasara, le hiciera ciertas preguntas. De veras, a la tarde pasó tío Conejo por allí y la lora le gritó con todo su galillo:

—Hombré, tío Conejo, ¿para dónde camina?

—Pues para el matrimonio de la hija del rey. ¡Viera qué festarrín! Haga el ánimo y nos vamos.

Al oírlos se asomó mano Lagarto y al ver a tío Conejo, se puso muy caliente.

—¿Con que ai andás, gran tal por cual? Ahorita te contaré...

El otro se puso fuera de su alcance y preguntó a la lora:—¿Quién es ese joven tan elegante? Yo no lo conozco. Si es la primera vez que lo veo y no sé por qué está tan bravo conmigo.

—¡Venime a mí con esas! ¿Crees que fué poco el garrotazo que me zampaste el otro día?

—Ajá, ya caigo — dijo tío Conejo.—Este me confunde con mi hermano, que es un sinvergüen-zón de siete suelas. Cabalmente ahora lo tienen en la cárcel por una que hizo. ¡Vieran los chascos que yo me he llevado por ése! ¡Es que somos igualitos!

Mano Lagarto se la compró:—¡Ah! ¿Con que no

eras vos? ¡Ve! Pues ai dispensame. ¿Y para dónde la llevás?

—Pues al matrimonio de la hija del rey. Es que voy a ser padrino. Aquello va a estar de vuelta y media. ¡Un parrandón! Bueno, me las caiteo. Hasta luego.

Mano Lagarto estaba que se las pelaba de ganas de ir.

—Hombré, ¿por qué no me llevás?

—Con mucho gusto. Véngase.

Y se fueron.

Allá al mucho andar, tío Conejo hizo como que se daba un tropezón y cayó dando quejidos: ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! Yo creo que me lisié un pie. Ahora sí que estoy galán. Mejor será que se devuelva, mano Lagarto y me deje aquí. Yo no puedo dar paso.

—¿Cómo va a ser eso? ¡Adió! Encajátame encima y vamos al matrimonio. Allí no faltará quién te sobe. ¿Qué diría el rey si no llegaras?

—No me atrevo. Es mucha grosería. ¿Qué parecido, que tras que me ha hecho usted el favor de acompañarme, también vaya a tener que cargar conmigo?

— ¡Adió! ¿Y eso qué tiene? Montate y dejate de ruidos.

—Lo que el sapo se quería—pensó tío Conejo. Y con mil y tantos trabajos se puso sobre mano Lagarto.

Tío Conejo iba en un quejido y el otro por distraerlo, le metió conversación:

—Hombré, tu hermano sí que fué tonto. En vez de darme por la nariz, me dió por la nuca.

No había acabado de decirlo, cuando tío Conejo le dejó ir un garrotazo por la nariz que lo dejó tieso allí no más.

Sacó su cuchillo, le cortó la piel y dejó que se oreara. Cuando lo estuvo, llamó al zopilote y le habló para que lo llevara con sus pieles adonde Tatica Dios. Así que llegaron ante Su Divina Majestad, tío Conejo, sin andarse con muchas aquellas, le tiró a los pies los pellejos:—Aquí tiene.

Ese día Nuestro Señor no estaba de muy buenas pulgas.

—Bueno, ¿y qué hay con eso?—le preguntó de mal modo.

—Nada, pues que usté me dijo que le trajera una piel de tigre, otra de león y otra de lagarto, muertos por mí, y aquí están. Y que si se las traía, me hacía más grande.

Nuestro Señor exclamó:—¡Ah, gran indino! Se

me puso que te ibas a salir con las tuyas! ¡Ya me parece las que has hecho en la Tierra!

Entonces lo cogió de las orejas y les dió tan gran jalonazo que se las estiró tamaño poco. (Ha de saberse que antes, antes, tío Conejo tenía las orejas chirrisquitillas). Después le dijo:

—¡Y te me quitás de aquí, zángano!

Tío Conejo salió a pito y caja, sobándose sus orejas y Tatica Dios al verlo por detrás, no pudo dejar de echarse una gran carcajada y con esto se le fué el mal humor.

Juan, el de la carguita de leña

HABÍA una vez una viejita que tenía tres hijos: dos vivos y uno tonto. Los dos vivos eran muy ruines con la madre y nunca le hacían caso, pero el tonto era muy bueno con ella y era el palito de sus enredos. Los dos vivos se pasaban en la ciudad haciendo que hacían, porque eran unos grandes vagabundos. Lo cierto es que el tonto no era nada tonto, pero como era tan bueno lo creían tonto, porque así es la vida.

Pues señor: un día lo mandó la anciana a la montaña a traer una carguita de leña. Él fué, hizo una buena carga y cuando estaba rejuntando las burusquitas para que a su madre no le costara encender el fuego por la mañana, se le apareció una viejita que traía una varillita en la mano.

Ella le dijo: — Mirá, Juan, aquí te traigo esta

varillita de regalo. Es como un premio por lo sumiso que sos con tu mama.

Juan preguntó: —¿Y para qué me sirve?

—Para todo lo que te se te antoje: ¿qué querés? ¿plata? Pues a pedírsela a la varillita. Y si no, mirá: cuando estés muy cansado, vas a tocar con ella la carga de leña y al mismo tiempo le decís: varillita, varillita, por la virtud que Dios te dió, que mi carguita de leña me sirva de coche y me lleve a casa.

Así lo hizo Juan: se sentó en la carga de leña y en un abrir y cerrar de ojos estuvo en su casa.

Juan no dijo a nadie una palabra de lo que le pasara. Pero desde ese día no volvió a caminar por sus pies, sino que andaba para arriba y para abajo, encajado en la carga de leña. Y cuando su madre o sus hermanos le preguntaban, se hacía el sordo.

Sucedió que las hijas del rey venían de cuando en cuando a bañarse en una poza que había cerca de la casa de ellos. Un día de tantos, salió la menor en un vivo llanto del baño porque se le cayó en el agua su sortija. A cada una de las niñas le había regalado el rey un anillo nunca visto, y que se encomendara a Dios la que lo perdiera.

A la noche llegaron los dos vivos contando que

el rey estaba que se lo llevaba la trampa, porque la menor de las princesas perdió su sortija en la poza, y que había ofrecido que aquel que la encontrara, sería el marido de su hija.

Apenas amaneció, se fueron los dos vivos a buscar en la poza, pero nada. Así que se fueron ellos, llegó el Tonto con su varillita, tocó el agua y dijo: —Varillita, varillita, por la virtud que Dios te dió, reparame la sortija.—Y deveras, la sortija salió y se ensartó en la varillita. La guardó, tocó con su varillita la carga de leña, y pidió que lo llevara al palacio del rey.

Cuando estuvo ante la puerta, los soldados que estaban de centinela lo cogieron de mingo, y por supuesto, no querían dejarlo entrar.

Pero el Tonto armó un alboroto. El rey oyó y mandó a ver qué era aquella samotana y al saberlo ordenó que lo dejaran pasar.

Y fué subiendo escaleras arriba, encaramado en su carga de leña y así entró en el salón, en donde estaba el rey con toda su corte. Bajó y alguillo chillado, sacó la sortija de su bolsa y dijo: —Señor rey, aquí traigo la sortija de la niña, y a ver en qué quedamos de casamiento.

Todos al verlo entrar, se tenían el estómago de la risa y al oír sus pretensiones, quisieron

echarlo a broma y a decir que la miel no se había hecho para los zopilotes. Pero cuando oyeron al rey decir que estaba dispuesto a cumplir lo prometido, se quedaron en el otro mundo.

La pobre princesa comenzó a hacer cucharas y por último soltó el llanto.

Las tres niñas se tiraron de rodillas ante su padre y se pusieron a rogarle, pero él les dijo: —Yo di mi palabra de rey y tengo que cumplirla.

Luego cogió a su hija menor por su cuenta y se puso a aconsejarla con muy buenas razones, porque este rey no era nada engreído: —Vea, mi hijita, a nadie hay que hacerle ¡che! en esta vida. No hay que dejarse ir de bruces por las apariencias. ¡Quién quita que le salga un marido número uno! Y en esta vida, uno se hace ilusiones de que porque a veces se sienta en un trono es más que los que se sientan en un banco. Pues nada de eso, criatura, que sólo Cristo es español y Mariquita señora...

Y por ese camino siguió calmando a su hija, pero ella como si tal cosa, no dejaba su llanto y sus sollozos, porque no hallaba como casarse con aquel hombre tan escharchao. Y cuando recordaba que había entrado en el salón sobre una carga de leña y que todos se esmorecieron de la risa al

verlo, sentía que se le asaba la cara de vergüenza.

Pero no hubo remedio y llegó el día del casorio.

La madre y los hermanos del Tonto estaban en ayunas de lo que pasaba.

Bueno, pues llegó el día del casorio, que sería a las doce del día en la Catedral.

El Tonto salió como si tal cosa, montado en su carga de leña, pero al ir a entrar en la ciudad, tocó la carga con su varita y dijo: —Varillita, varillita, por la virtud que Dios te dió, que la carga de leña se vuelva un coche de plata, con unos caballos blancos que nunca se hayan visto, y yo un gran señor muy hermoso y muy inteligente.—Y la carga de leña se transformó en una carroza de plata y él, en un gran señor.

Cuando la gente vió detenerse aquella carroza frente al palacio y bajar aquel príncipe, se quedó con la boca abierta.

La princesa estaba en un rincón y no tenía consuelo. Hasta fea estaba, ella que era tan preciosa, de tanto llorar: con los ojos como chiles y la nariz como un tomate.

¡Ay, Dios mío! ¡Qué fue aquello! De pronto entra un príncipe muy hermoso, la coge de una mano, se la lleva y la mete en una carroza de plata. Sale la carroza que se quiebra para la Ca-

tedral y allí los casa el señor Obispo. Vuelven al palacio y iqué bailes y qué fiestas!

La princesa no sabía si estaba dormida o despierta. Cuando comenzó el baile, ella bailó con su marido y todo el mundo les hizo rueda, y no era tanto por admirarla a ella como a él. Las otras dos princesas que se habían burlado antes del triste novio y de su carga de leña, estaban ahora con su poquito de envidia y no hallaban dónde ponerlo. Y todo el mundo: ¡Juan arriba y Juan abajo!

Juan se fué a un rincón, sobó su varillita y le dijo:—Varillita, varillita, por la virtud que Dios te dió, que la casilla de nosotros se vuelva un palacio de cristal y mi madre una gran señora.

Y así fué: la viejita estaba en la cocina en pleitos con el fuego y echando de menos a Juan, que de unos días para acá se le había vuelto muy pata caliente, cuando oyó un ruidal y como que se mareaba: al volver en sí, se vió en una gran sala de cristal con muebles dorados y ella sentada en un sillón, vestida de terciopelo y abanicándose con un abanico de plumas; a su alrededor una partida de sirvientes que se querían deshacer por sonarle la nariz, por abanicarla y hasta por llevarla en silla de manos allá fuera.

Por todas partes salían y entraban criados muy atareados. De pronto oyó ruido de coches, y en la sala vecina comenzó a tocar una música que era lo mismo que estar en el Cielo. Por último ve entrar una pareja, como quien dice un rey y una reina, le echaron los brazos y la voz de Juan que dice: —Mamita, aquí tiene mi esposa.

Y más atrás venían el rey, la reina, las princesas y cuanto marqués y conde había en el país.

Allá al anochecer, estaba la fiesta en lo mejor, llegaron los hermanos que andaban de parranda. Juan los encerró en un cuarto, y otro día cuando estuvieron frescos, les contó lo que pasaba y que si se formalizaban, los casaban con las otras princesas. Deveras, ellos se formalizaron y se casaron. Juan y su esposa fueron los reyes y todos vivieron muy felices.

El Pájaro Dulce Encanto

HABÍA una vez un rey ciego, como el de «La Flor del Olivar», quien también tenía tres hijos. Muchos médicos lo vieron y muchas promesas llevaban hechas él, la reina y sus hijos, pero los ojos no daban trazas de ver.

Había una viejecilla curandera que era bruja y tenía fama porque había hecho algunas curaciones que los doctores no habían conseguido. Por un si acaso, la hicieron venir al palacio, y ella dijo que se dejaran de ruidos y que buscaran el Pájaro Dulce Encanto y le pasaran la cola al rey por los ojos; que este pájaro estaba en poder de un rey de un país muy lejano; eso sí, que se la pasara el mismo que lograba apoderarse del pájaro.

Los tres hijos del rey se dispusieron a ir a tes-

tarear la medicina y el rey prometió que el trono sería de aquel que la trajera.

Los tres partieron el mismo día: el mayor por la mañana, el siguiente a medio día y el menor por la tarde, cada uno en un buen caballo y bien provistos de dinero.

Al salir el mayor de la ciudad, vió un grupo de gente a la entrada de una iglesia—¿y adónde vas, Vicente? Al ruido de la gente—se acercó a ver qué era, y se encontró con un muerto tirado en las gradas y uno de los del grupo le contó que lo habían dejado allí porque no tenían con qué enterrarlo, y que el padre no quería cantarle unos responsos si no había quien le pagara.

—¡A mí qué!—dijo el príncipe, y siguió su camino.

A medio día, cuando pasó el otro, vió a la entrada de la iglesia al pobre difunto que todavía no había hallado quién lo enterrara.—Eso a mí no me va ni me viene—dijo el príncipe y siguió su camino.

Cuando el menor pasó en la tarde, todavía estaba allí el cadáver, medio hediondo ya, y las gentes que miraban tenían que estar espantando los perros y los zopilotes que querían acercarse a hacer una fiesta con el muerto.

Al príncipe se le movió el corazón y pagó a unos para que fueran a comprar un buen ataúd y él en persona buscó al padre para que le cantara los responsos; fué a ayudar a abrir la sepultura y no siguió su camino sino hasta que dejó al otro tranquilo bajo tierra.

A poco andar, le cogió la noche en un lugar despoblado.

De repente vió desprenderse de una cerca una luz del tamaño de una naranja, que se fué yendo a encontrarlo y que por fin se le puso al frente. Al príncipe se le pararon toditos los pelos y preguntó más muerto que vivo: —¿De parte de Dios todopoderoso, dí quién eres?

Y una voz que parecía salir de un jucó, le respondió: —Soy el alma de aquel que hoy enterraste y que viene a ayudarte. No tengas miedo, yo te llevaré adonde está el Pájaro Dulce Encanto. No tenés más que ir siguiéndome. Eso sí, no podés caminar de día.

Al joven se le fué volviendo el alma al cuerpo y siguió a la Luz. Hizo como ella le dijo y descansaba de día. A los dos días ya no le tenía miedo y más bien deseaba que se llegara la noche. Y a la semana ya eran muy buenos amigos.

Anda y anda y por fin llegaron al reino donde

estaba el Pájaro. La Luz le dijo que a la media noche se fuera a pasear frente a los jardines del palacio y que se metiera en ellos por donde la viera brillar. Así lo hizo y a media noche entró a los jardines y echó a andar detrás de la Luz, que lo pasó frente a los soldados dormidos y lo metió en el palacio sin que nadie lo sintiera. Llegaron por fin a un gran salón de cristal iluminado por una lámpara muy grande que era como ver la luna, todo adornado con grandes macetas de oro en que crecían rosales que daban rosas tintas, y el príncipe se quedó maravillado al ver los miles de rosas que se veían entre las hojas verdes. El suelo estaba alfombrado de rosas deshojadas y se sentía aquel aroma que despedían las flores que daba gusto, y en una jaula de alambres de oro en los que había ensartados rubíes del tamaño de una bellota de café, colgada del cielo, y muy alta, estaba el Pájaro Dulce Encanto, que era del tamaño de un yigüirro, blanco, con un copetico y las patas del color del coral. Cuando entró el príncipe, comenzó a cantar y el joven creía que entre las matas había escondidos músicos muy buenos que tocaban flautas y violines. Y allí se hubiera quedado sin acordarse de más nada, si la Luz no le hubiera llamado la

atención: —¿Ideai, hombré, ya olvidaste a lo que venías? A ver si vas al cuarto que sigue, que es el comedor y te alcanzás cuanta mesa y silla encontrés.

Así lo hizo y así que trajo todos los muebles que había, los fué colocando uno encima de otro para alcanzar el Pájaro. Con mil y tantos trabajos se fué encaramando por aquella especie de escalera y ya estaba estirando el brazo para coger la jaula, cuando todo se le vino abajo, haciendo por supuesto un gran escándalo. A la bulla, hasta el rey se levantó y corrió medio dormido y chingo a ver qué pasaba. Y van encontrando a mi señor debajo de todo, golpeado y hecho un iay de mí! Lo sacaron y lo hicieron confesar por qué estaba allí. El rey lo mandó encalabozar y que lo tuvieran a pan y agua. Cuando estaba en el calabozo, se le apareció la Luz y le aconsejó que no se afligiera.

A los días lo mandó a llamar el rey y le dijo que le devolvería la libertad y le daría el Pájaro, si le conseguía un caballo que él quería mucho y que le había robado un gigante.

El príncipe le contestó que otro día le daría la respuesta. En la noche llegó la Luz y le aconsejó que dijera que bueno.

Así fué y la Luz lo guió hasta que llegaron al potrero en donde el gigante guardaba el caballo. Escondido entre una zanja, esperó que amaneciera. Apenas comenzaron las claras del día, salió el gigante del potrero caracoleando el caballo, que por cierto era el caballo más hermoso del mundo: negro, como de raso, con una estrella en la frente y con las patas blancas.

Ya la Luz le había aconsejado que apenas los viera salir, entrara al potrero y subiera a un palo de mango muy coposo que había en el centro; que esperara allí hasta que regresara el gigante en la noche, y cuando éste tuviera los ojos cerrados no se fiara porque no estaba dormido, sino cuando los tuviera de par en par y que entonces debería aprovechar para robar el caballo. Además le contó que el caballo tenía en la paletilla derecha una tuerca y que le diera vueltas a esta tuerca y que vería.

Así fué. En la noche volvió el gigante y seguramente venía muy cansado, porque no hizo más que medio amarrar el caballo del tronco del árbol, le aflojó la cincha y él se tiró a su lado. Comenzó a roncar, pero el príncipe se fijó en que tenía los ojos cerrados; poco a poco los ronquidos fueron más, más débiles, y el príncipe vió que

tenía un ojo cerrado y otro abierto; por fin cesaron los ronquidos y el gigante tenía los ojos de par en par, unos ojazos más grandes que las ruedas de una carreta. Poquito a poco se fué bajando y desamarró el caballo. Pero este animal hablaba como un cristiano y gritó:—¡Amo, amo, que me roban!— De un brinco se levantó el gigante. El joven se quedó chiquitico entre unas ramas.

El gigante miró por todos lados y gritó:—¿Quién te roba? ¡Nadie te roba!— Luego se volvió a dejar caer y a poco abrió los ojos.

Vuelta otra vez a bajar poquito a poco. Puso una mano en la cabeza del caballo e intentó montar, pero el animal gritó otra vez:—¡Amo, amo, que me roban!

De nuevo se recordó el gigante, pero no vió a nadie. Con cólera le contestó:—¿Quién te roba? ¡Nadie te roba! ¡Si me vuelves a decir que te roban, te mato!

Así que el príncipe vió al gigante con los ojos abiertos, muy resuelto se acercó al caballo, que esta vez no chistó. Entonces lo montó, le apretó la tuerca y el caballo salió volando.

La Luz había dicho al príncipe que antes de entrar en la ciudad volviera a apretar la tuerca para que el caballo descendiera, y que no se diera

por entendido con el rey de que sabía aquella cualidad de la bestia. Lo hizo así y el rey lo recibió muy contento, pero el muy mala fe le dijo que todavía no le daría el Pájaro, sino hasta que le trajera su hija, quien había sido robada por el mismo gigante. El joven no quiso contestar nada sino hasta que habló con la Luz, quien le dijo que aceptara.

A la noche siguiente partieron y llegaron al palacio del gigante. La Luz le aconsejó que llevara el caballo y que lo dejara amarrado entre un bosque cercano al palacio. Él debería subir por una enredadera hasta una ventana iluminada, que era la ventana del comedor. A aquellas horas deberían estar cenando. Cuando viera que el gigante había bebido mucho vino y dejaba caer la cabeza sobre la mesa, debía tirar unos terroncillos a la niña y le haría señas para que se acercara y lo siguiera.

Todo pasó dichosamente, porque el gigante se puso una buena juma y la princesa, que deseaba con toda su alma salir de las garras de aquél, no dudó ni un minuto en seguir al joven que le pareció muy galán. Al príncipe también le pareció muy linda la niña y al punto se enamoró de ella. El caso es que los dos se gustaron.

Sin ninguna novedad llegaron al palacio, pero el rey, que era muy mala fe, le dijo que le pidiera cualquier otra cosa, pero que el Pájaro no se lo daba.

Entonces la Luz le aconsejó que le pidiera que lo dejara dar tres vueltas por la plaza montado en el caballo, con la niña por delante y el Pájaro en su jaula en una mano. El rey convino y para estar seguro, puso soldados en todas las bocacalles que daban a la Plaza. El príncipe salió muy en ello a caballo con la niña y el Pájaro. Dió dos vueltas muy honradamente, pero al ir a acabar la tercera, apretó la tuerca y el caballo salió por los aires, y al poco rato desapareció entre las nubes. Por supuesto, que el rey se quedó jalándose las mechas y diciendo que bien merecido se lo tenía por tonto. A él no le había pasado por la imaginación que el príncipe supiera lo de la tuerca.

Bueno pues, el joven, al llegar a su país, apretó la tuerca y el caballo bajó. Al pasar por una ciudad encontró a sus hermanos todos dados a la mala fortuna, que se habían engringolado en unas fiestas, se habían quedado sin un cinco y no sabían con qué cara llegar donde su padre.

Los dos hermanos sintieron una gran envidia

por la suerte de su hermano menor que traía no sólo el Pájaro sino una linda princesa y un caballo maravilloso.

El joven los invitó a volver con él, pero ellos se negaron. Eso sí, le rogaron que les aceptara el convite que le hacían de ir a almorzar en un lugar en las afueras de la población. Él, sin malicia, aceptó enseguida. Ellos hicieron beber al príncipe y a la princesa una bebida que hacía dormir, y cuando estuvieron sin conocimiento, se llevaron al joven y lo echaron en un precipicio y cuando la niña despertó, le dijeron que él se había ido a parrandear en unas fiestas que se celebraban en un pueblo vecino y que la había dejado abandonada. Pero que ellos no la desampararían y se la llevaban al palacio de su padre.

Volvieron a su casa y el rey y la reina se alegraron mucho y ellos para que no supieran por qué el menor no parecía, lo pusieron en mal, y les hicieron creer que ellos habían sido los de todo el trabajo y que la princesa era una niña loca que habían recogido en el camino. Pero no pudieron conseguir que el rey repartiera el reino entre los dos, porque le pasaron la cola del Pájaro Dulce Encanto y no surtió ningún efecto: el rey quedó tan ciego como antes.

Quiso Dios y la Luz que el joven no rodara entre el precipicio, sino que una rama lo agarró por el vestido y unos carreteros que pasaban lo oyeran gritar, se acercaron y lo ayudaron a salir de allí. Les dijo quién era y como se había hecho algunas heridas y no podía caminar, ellos mismos lo llevaron al palacio del rey y a los cuatro días fueron llegando con él.

La princesa, que no había vuelto a hablar de la tristeza de la ausencia del joven, al verlo, se puso feliz y el Pájaro que no había vuelto a cantar, llenó el palacio con sus flautas y violines. Pero el rey y la reina estaban muy enojados contra su hijo menor por los cuentos con que los hermanos mayores habían venido, y no querían recibirlo. Él, entonces, contó lo que le había ocurrido; los mercaderes atestiguaron además, el joven, para probar que era él quien había conseguido el Pájaro, lo cogió y pasó su cola por los ojos del rey, que en seguidita quedó con unos ojos tan buenos que le podían hacer frente a la luz del sol. Se conocieron las mentiras de los hermanos envidiosos, pero el príncipe que era un buenazo de Dios, no permitió que los castigaran, los abrazó y compartió el reino con ellos.

El se casó con la princesa, quien colgó de su

ventana la jaula con el Pájaro Dulce Encanto, que diario tenía aquello hecho una retreta.

Cuando la Luz vió feliz y tranquilo a su amigo, vino a decirle adiós. Mucho sintió el príncipe esta separación, pero la Luz le dijo:— Ya cumplí, ya te demostré mi gratitud. Adiós y ahora hasta que nos volvamos a ver.

Y me meto por un huequito y me salgo por otro, para que ustedes me cuenten otro.

Tío Conejo y Tío Coyote

UNA viejita tenía una huerta que era una maravilla. Allí encontraba uno de todo: rabinos, culantro, tomates, zapayitos y chayoticos tiernos, lechugas. Pero la viejita comenzó a encontrar los quelites de las matas de chayote y zapayo comidos, y después, daños por todo. Entonces hizo un gran muñeco de cera y lo plantó en la puerta.

Pues señor, el caso es que tío Conejo era el de aquel tequío; se metía en las noches y se daba cuatro gustos gurruguseando por todo.

Cuando llegó y se encontró con aquel espantajo, se escondió detrás de unas matas a examinarlo, y al convencerse de que no se movía y que era de mentiras, la picó de valiente, se acercó y le dijo: —¿Idiai, hombré, a ver qué es la cosa? Echémonos a ver si vos me podés atajar.

Y tío Conejo le metió su moquete, pero como el muñeco era de cera, tío Conejo se quedó pegado. Le dió mucha cólera y le metió otro moquete y se quedó pegado. Por despegarse comenzó a patalear y se quedó pegado de las dos patillas; metió la cabeza y se le pegaron las orejas.

En esto amaneció y salió la viejita a su huerta y se va encontrando con mi señor, bien pegado del muñeco.

—¡Ajá, con que ya dí con lo que era! ¡Con que vos eras, confisgao, el que estabas acabando con mi huerta? Aguardate ai y verés. Ahora te voy a pelar, a ver si te quedan ganas.—Y lo cogió y lo metió entre un saco; lo amarró y lo dejó a un ladito en la cocina, mientras iba a traer el agua.

—¡Ah vaina la que me fué a pasar!— se puso a pensar tío Conejo. Y comenzó a pegar unos grandes gritos:—¡Sáquenme de aquí! ¡Sáquenme de aquí!

En esto iba pasando tío Coyote y a los gritos, se fué metiendo hasta la cocina a ver qué era. Cuando llegó junto al saco, preguntó:—Quién está aquí? Tío Conejo le contestó:—Pues yo, tío Conejo, que me tienen entre este saco porque me quieren casar con la hija del rey, y yo no quiero. Yo no me quiero casar. ¡Casarse es una gran vaina!

Tío Coyote, le dijo:—Pero hombre, no seas tonto, si es con la hija del rey, ¿qué más quieres?

Tío Conejo le dijo:—Pues ni an así. Ya ves que es la hija del rey, y todavía si me la dieran encasquillada en oro, diría que no. ¡Qué vaina! ¡Qué vaina! El buey solo bien se lame. Yo que pensaba morir soltero...

Tío Coyote dijo: —¡Cuándo yo! ¡Más bien estaría bailando de la contentera! Yo sí que no me haría el rosita como vos.

Entonces tío Conejo le propuso:—Mirá, ¿por qué no me soltás y te metés vos en mi lugar? En la ceremonia el novio va a estar metido entre el saco, para que la princesa no se dé cuenta, porque el rey es el de la gana que yo me case con su hija. Y una vez pasada la ceremonia, el rey tiene que convenir.

El muy no nos dejes de tío Coyote, sin acordarse de que ya otras veces tío Conejo le había jugado sucio, convino. Desamarró el saco y salió tío Conejo; se metió él, y tío Conejo lo amarró y ¡paticas! por aquí es camino...

Se escondió entre unos matorrales para ver en qué paraba aquello.

Volvió la viejita con su tinaja de agua. Puso una olla de agua al fuego y se sentó a esperar.

Tío Coyote, donde oyó gente, por quedar bien comenzó a decir:—¡Idiai, a qué hora viene la princesa? Ahora sí, ya tengo ganas de casarme.

—Sí, princesa te voy a dar yo sé por donde—le contestó la viejita.

Cuando el agua estuvo hirviendo, desamarró el saco y se asomó. —¡Ajá, con que de conejo se volvió coyote? Está bueno.

Y tío Coyote, vuelto una agua miel, respondió: —Sí, señora, pero yo sí tengo mucho gusto en casarme con la princesa.

La viejita cogió su olla de agua hirviendo y se la echó por la trasera.

El pobre tío Coyote salió en un alarido, y en carrera abierta. Cuando lo vió tío Conejo, le gritó:

—¡Adiós, tío Coyote c... quemao, por amigo de ser casao!



ALLÁ a los días, en una que va y otra que viene, se va topando tío Conejo con tío Coyote. Tío Conejo se quedó como el día en que lo habían de enterrar. —¡Hijo del padre! ¡Ahora sí que me llevó quien me trajo!—se puso a pensar.

Verlo tío Coyote y ponerse como un jarro sonto, todo fué uno.

—¡Bueno, tío Conejo, yo y usté tenemos que arreglarnos!...

Tío Conejo se hizo el tonto:—Y ¿eso de qué, tío Coyote? Yo espulgo en mi conciencia y veo que en nada lo he ofendido.

—Sí, callate, solfas. Por dicha que ya yo sé con la tusa con que me rasco. Encomendate a Dios, porque aquí me las vas a pagar todas juntas.

Tío Conejo, mientras tanto, estaba volando ojo para todos lados. A la orilla de una cerca había un palo de zapote cargadito de zapotes. Entonces dijo:—Bueno, tío Coyote, ¿qué vamos a hacer? El que puede, puede. Pero eso sí, le pido que antes de acabar conmigo, me deje subir a ese palo de zapote a comerme un zapotico que estoy viendo desde aquí, madurito que no sé cómo no se ha caído. No me mande al otro lado con la gana. Tome mi mano que vuelvo a bajar para que me tasajee.

—¡Qué caray! contestó el otro andá y comete el zapote, que en seguida será otro cantar. Y lo que es yo no me quito de aquí hasta que no bajés.

No bien había acabado tío Coyote de consentir, cuando iba mi señor palo arriba diciendo:

—¡Carachas! ¡Qué me he visto en alitas de cucaracha! ¡Enainas me almuerza!

Ya arriba, se puso a hacer que comía zapote y

a decir:—¡Qué zapotes! ¡Si es como estar comiendo sobao! ¡Qué ricura! Hágase de cuentas, tío Coyote, de que tatica Dios encerró entre estas cáscaras, terrones de dulce. Tío Coyote, ¿quiere que le tire uno para que pruebe?

—Bueno—respondió el otro.

—Allá te va; abra la boca y cierre los ojos.

De veras; el otro gandumbas va abriendo el hocico y tío Conejo buscó el zapote sazón más galano que encontró y se lo dejó ir con toda alma hacia la boca.

Por supuesto que le apió cuanto diente tenía y el pobre tío Coyote dijo a correr pegando el grito al cielo.

* * *

FUERON pasando días y en una de tantas, en una noche de luna, vuelve a dar tío Coyote con tío Conejo.

Todo moletas, le dijo mientras lo agarraba de los orejas: —Lo que es de ésta sí que no te escapás, grandísimo tal por cual. Mirá como me tenés...

Y tío Conejo, aunque no era el caso para reírse, ya no aguantaba las ganas, al ver al pobre tío Coyote sin dientes y al recordar cómo andaría la trasera.

—Pues bueno, tío Coyote, qué vamos a hacer! Cuando usted dice este macho es mi mula, nadie

lo saca de allí. Dios sabe que yo nada le he hecho con intención de hacerle daño. Es que vea, tío Coyote, yo soy más torcido que un cacho de venado, con usté, y cada vez que quiero hacer una paloma, me sale un sapo. ¡Que el Señor le dé paciencia conmigo!

Y tío Conejo dió un gran suspiro.

—Callate, vende miel y bebe sin dulce. Quien no te conoce que te compre.

—¿Sabe para donde iba, tío Coyote? Pues a atiparme de queso. ¡Viera qué queso! Hasta que se ve amarillito.

—¿Y eso dónde está?—le preguntó tío Coyote.

—Pues ande y vamos.

Y echaron a andar, tío Coyote sin soltar a tío Conejo.

Llegaron a un gran charco y en el fondo de él se reflejaba la luna llena.

Tío Conejo dijo:

—Mire, tío Coyote, repare qué queso. Yo creo que hay para un año. Y diga si no se le ve chorrear la mantequilla.

Y el otro Juan Vainas contestó:—Deveras, tío Conejo ¡Qué hermosura! ¿Y cómo hacemos para cogerlo?

—Muy sencillo. Pongámonos a bebernos el

suero. No es mucho y ahorita lo acabamos.

Y dicho y hecho, se puso a hacer que bebía. Tío Coyote sí, se puso muy en ello a beber y beber, a beber y beber y hasta que por fin ya no echaba.

—¡Ay, tío Conejo de Dios! Ya no aguanto.

Tío Conejo respondió:—Aturrúsele, tío Coyote, ya entre poco acabamos.

Allá al rato, jadeando y con la panza como una tambora, volvió a decir tío Coyote: —Jaa... jaa,... jaa... ¡Ay, ya no echo!

—¿Sabe lo que vamos a hacer?—dijo el indino ñe tío Conejo:

—Pues mire, tío Coyote, vamos a pegar una carrera en esa cuesta, para que se nos baje el suero y volvemos a acabar con lo que falta.

El otro convino, tío Conejo lo cogió de una mano y salió con él cuesta abajo.

Tío Coyote no pudo ni gritar y en media cuesta se oyó como cuando revienta una vejiga de res inflada. ¿Pues qué era? Pues que el pobre tío Coyote, que llevaba la panza como una timba, había reventado en la carrera.

Y tío Conejo, que por dos veces se había visto a palitos para no ir a parar a la panza de tío Coyote, pudo ya andar tranquilo para arriba y para abajo.



INDICE

	<u>Pág.</u>
LOS CUENTOS DE MI TÍA PANCHITA	5
TÍO CONEJO COMERCIANTE	15
LA CUCARACHITA MANDINGA.....	24
SALIR CON UN DOMINGO SIETE	33
LA FLOR DEL OLIVAR	40
LA MICA	46
EL TONTO DE LAS ADIVINANZAS	63
LA SUEGRA DEL DIABLO	72
LA CASITA DE LAS TORREJAS	82
EL COTONUDO	85
LA NEGRA Y LA RUBIA	100
UVIETA	113
POR QUÉ TÍO CONEJO TIENE LAS OREJAS TAN LARGAS	124
JUAN, EL DE LA CARGUITA DE LEÑA	
EL PÁJARO DULCE ENCANTO	140
TÍO CONEJO Y TÍO COYOTE	152

